

BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

ESTA MISMA NOCHE, LA MUERTE

Kelltom McIntire



Las sombras huyeron y la luz me cegó.

Abrí los ojos. El sol penetraba a través de los barrotes, deslumbrante. Fui a incorporarme, pero un ramalazo doloroso recorrió todo mi cuerpo, desde el cráneo a las puntas de los dedos de mis pies.

Mi gemido de dolor debió ser escuchado por alguien, puesto que oí un arrastrar de pies y tinos dedos me tocaron.

—Por fin despiertas, Max —pronunció una voz ronca. Y un aliento a tabaco rozó mi rostro.

Torné a abrir los ojos.



Kelltom McIntire

Esta misma noche, la muerte

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1398

ePub r1.0

Lds 01.11.18

Título original: *Esta misma noche, la muerte*

Kelltom McIntire, 1977

Cubierta: Alberto Pujolar

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Las sombras huyeron y la luz me cegó.

Abrí los ojos. El sol penetraba a través de los barrotes, deslumbrante. Fui a incorporarme, pero un ramalazo doloroso recorrió todo mi cuerpo, desde el cráneo a las puntas de los dedos de mis pies.

Mi gemido de dolor debió ser escuchado por alguien, puesto que oí un arrastrar de pies y tinos dedos me tocaron.

—Por fin despiertas, Max —pronunció una voz ronca. Y un aliento a tabaco rozó mi rostro.

Torné a abrir los ojos.

Detrás del rostro barbudo del hombre que me interpelaba, vi los gruesos barrotes de la verja, las literas, el inodoro...

Estaba en la cárcel. Pero ¿cómo había llegado allí?

Palpé mis mejillas y toqué la sangre reseca.

Parecía que me habían dado una buena paliza, pero ¿quién?

Podía ver otra litera, frente a mí.

Un individuo pálido, robusto y greñado me miraba fijamente.

—Levántate, Max. Tenemos que hablar —ordenó el tipo que acababa de tocarme.

—¿Max? —Parpadeé, confuso—. ¿Quién es Max?

—Caperucita Roja, en sus ratos de asueto —gruñó, con burla, el barbudo.

Pero inmediatamente sus ojos azules destellaron, coléricos, y sus velludas manos me aferraron por el pecho y me izaron sobre la colchoneta sobre la que yo descansaba.

—¿Te burlas de mí, Max? Deja de fingir ahora. El teniente Burnnett se marchó ya y el agente de vigilancia está al otro extremo del pasillo. Nadie puede oírnos, excepto nuestro socio, Brandon.

Cerré los ojos, estupefacto.

¿Cómo había llegado a la cárcel, qué significaba la presencia de aquellos dos individuos...?

Me esforcé en recordar, pero mi memoria no funcionaba.

Aquellos dos rostros me resultaban vagamente familiares, pero eso era todo.

Una intensa angustia se apoderó de mí. Porque mi cerebro estaba absolutamente en blanco, como si mi caja craneana hubiera sido vaciada por un cirujano loco.

—¿Está... está seguro de que me llamo Max? —pregunté, vacilante.

—¡Pues claro que sí, chico! Fue el nombre que nos diste a Brandon y a mí. ¿Es que no me reconoces? ¡Soy Starkey...! —El barbudo me contemplaba, con una expresión mezcla de incredulidad y desconfianza—. Bueno, el teniente Burnnett te dio una paliza salvaje, pero no vas a hacerme creer que no recuerdas dónde está el dinero...

—¿Qué dinero?

Starkey se impacientó.

—Olvida esa canción si quieres que sigamos siendo amigos —advirtió. Y añadió en voz baja—: Brandon y yo hemos decidido fugarnos en cuanto nos saquen de aquí.

Volví a elevar una mano y pude palpar perfectamente mis párpados hinchados, las hematomas de los pómulos y los cuajarones de sangre que ensuciaban mis cabellos.

—Naturalmente, tú, querido Max, nos acompañarás en la fuga —dijo Starkey, con dureza.

Yo no podía comprender por qué teníamos que fugarnos.

En realidad, no sabía nada, nada, nada...

—¿Qué respondes? —Gruñó Starkey, en tono brutal.

Asentí, distraído.

¿Por qué me habían metido en una celda en compañía de un par de bribones? ¿Por qué...?

Suspiré hondo.

Docenas y docenas de preguntas se atropellaban en mi mente. Pero yo no tenía respuesta para ellas.

—Está bien. Ahora, vomita, socio. ¿Dónde escondiste los cuatrocientos mil dólares del Banco Shaft? —Volvió Starkey a la

carga.

Cerré los ojos y traté de concentrarme.

Por lo que podía deducir de las palabras de Starkey, yo había escondido en algún lugar cuatrocientos mil dólares.

—Lo siento —declaré al fin—. No tengo ni idea.

El rostro cuadrado y magro de Starkey se ensombreció.

—¿Quieres burlarte de nosotros? —Me había agarrado por los hombros y me zarandeaba brutalmente—. Escucha, Max: te comportaste como un hombre resistiendo el interrogatorio y los malos tratos del teniente Burnnett, pero no vamos a permitir que te mofes de nosotros. Te prometimos veinte mil y los tendrás, pero te mataré si intentas quedarte con todo el dinero.

De repente, algo estalló en mi cerebro de forma fulgurante. Me incorporé elevé una rodilla y golpeé salvajemente a Starkey en la nuca.

Oí su gemido y le vi caer y quedar inmóvil.

Mi siguiente pensamiento fue:

«Le he matado».

Di un gruñido, salté del camastro y corrí hasta los barrotes y los golpeé, perdido el ánimo.

—No seas loco, Max —dijo Brandon, a mi espalda—. ¿Es que quieres que esos «polis» te maten a golpes? ¡Vuelve a tu litera!

Pero su voz sólo consiguió acrecentar mi desesperación.

Gritaba y gritaba, descompuesto, sin cesar de golpear los barrotes con el vigor propio de un demente.

Un policía de uniforme apareció en el pasillo. Era un hombre muy robusto, de expresión desagradable. Llevaba una metralleta colgada del hombro.

El policía se acercó a la verja y sonrió.

—Vamos, chico, deja de scandalizar —me aconsejó, sin alzar la voz.

Pero yo seguía gritando y gritando, en mitad de un tremendo ataque de nervios.

El policía introdujo entonces un brazo a través de los barrotes y me golpeó secamente en la mandíbula.

Fue un golpe muy fuerte y medido, pues mis rodillas se doblaron fulminantemente y caí al suelo.

—Recogedle —ordenó el policía a Brandon—. Y procurad que

no vuelva a escandalizar.

Me llevaron a mi litera, me dejaron caer sobre ella y me reanimaron aplicando un pañuelo mojado sobre mis sienes.

Starkey, al que yo temí haber matado, permanecía tan tranquilo a dos pasos, mientras Brandon se esforzaba en hacerme volver en mí.

No lo hacían por simple humanidad, por supuesto. Y la prueba la tuve en que en cuanto abrí los ojos tornaron a la carga.

—Me das lástima, muchacho —dijo Brandon, con una pizca de simpatía—. Porque de nada va a servirte hacer la «pajarraca»^[1]. ¿Por qué te empeñas en fingir con nosotros? Tú sabes que tenemos derecho a ese dinero y que lo tendremos, más tarde o más temprano.

Le miré con fijeza.

—No estoy fingiendo —declaré—. Pueden creermme: no tengo ni idea del paradero del dinero por el que ustedes parecen sentir tanto interés.

Starkey se impacientó.

—Tiene rostro el amigo, ¿eh? —exclamó, cambiando una mirada con Brandon—. Interpreta su papel tan a la perfección que incluso nos trata de usted. Si no supiera que está mintiendo, yo mismo me dejaría engañar.

Parecía muy excitado, a punto de agredirme por segunda vez. Pero Brandon le detuvo cuando ya se abalanzaba sobre mí.

—Calma, Starkey. Tal vez Max tenga razón y haya perdido la memoria. Estuvo a punto de morir cuando se estrelló con el «Mustang». El coche quedó convertido en un montoncito de chatarra... Quizá, como consecuencia del impacto, perdió la memoria. He visto casos así en el cine. Creo que se llama amnesia —explicó.

Lejos de tranquilizarme, las palabras de Brandon consiguieron excitarme aún más.

Ahora comenzaba a conocer algunos hechos concretos. Por ejemplo, que había estado a punto de matarme al estrellarme a bordo de un automóvil.

—¿Amnesia? ¡Puro cuento! —explotó Starkey, que era magro y atlético—. Vamos, Max, tienes que decimos dónde está el dinero.

—¿Cómo saben ustedes que me llamo Max? —pregunté.

Se miraron entre sí.

Fue Brandon quien respondió, al cabo.

—Fue el nombre que nos diste, cuando te encontramos, borracho, al borde de la carretera: Max Smith.

—Max Smith —repetí, pensativo—. ¿Saben si... tenía mi documentación en el bolsillo?

Starkey se impacientó.

—Vamos, Max, entre nosotros no se hacen cosas así... No íbamos a registrarte, ¿comprendes? Nos diste un nombre y eso bastaba. Pero cuando tú aseguraste que te llamabas Max Smith por algo sería...

Brandon puso una sucia almohada sin funda bajo mi nuca y me recosté lo más cómodamente que pude.

Entonces reparé en que vestía un buen traje de verano, fresco y elegante.

Un traje caro, sin duda.

También la camisa era de excelente calidad. E incluso los zapatos.

Ante la presencia de Brandon y Starkey registré apresuradamente mis bolsillos.

Saqué un paquete de cigarrillos, algunas monedas sueltas, un pequeño estuche plateado de fósforos que parecía un regalo de algún lugar llamado Air Club, aunque no se especificaba dirección alguna ni siquiera el nombre de una ciudad.

No tenía reloj ni sortija alguna, aunque pude apreciar que en el dedo anular de mi mano izquierda —muy morena, por cierto— se advertía la huella más clara, que suele dejar en la piel un anillo.

—¿Dónde estamos? —pregunté, mirando a mis dos «socios».

Starkey dejó escapar una corta carcajada que no traslucía precisamente alegría.

—Gracioso el chico, ¿verdad? —Gruñó, mirando a Brandon—. ¿Dónde quieres que estemos después que el teniente Burnnett nos atrapara? ¡En la cárcel, naturalmente!

—No me refería a eso —expliqué—. ¿Qué ciudad es ésta?

Brandon respondió pacientemente:

—Tú lo sabes, Max. Estamos en Atlantic City.

—Yo jamás estuve en Atlantic City —dije, convencido.

Pero Starkey me «cazó» en el acto.

—¿Cómo puedes saber que nunca estuviste en esta ciudad si... no recuerdas nada? —barbotó, vigilándome con los ojos brillantes de desconfianza.

—No lo sé —confesé, vacilante.

Pero Brandon y Starkey no parecían muy dispuestos a creermelo ahora.

CAPÍTULO II

De repente, Starkey tiró brutalmente de mis pies y me derribó al suelo.

A duras penas conseguí evitar que una patada bestial alcanzase mi rostro.

Por fortuna, retrocedí de un respingo y me incorporé.

Starkey había cuadrado los hombros y se cubría con los brazos —puños cerrados— con la actitud de un boxeador profesional.

Tenía un brillo peligroso en los ojos y comprendí que se proponía golpearme hasta destrozarme a golpes.

Por mi parte, no podía hacer otra cosa que defenderme. Si llamaba al policía que montaba guardia en el pasillo, sólo podía esperar nuevos golpes.

Apoyé la espalda en la litera. De repente, Starkey echó un brazo atrás dispuesto a golpearme en el estómago.

No tuve más que apartarme levemente y mi agresor rugió de dolor cuando su puño chocó, potente, contra el duro ángulo metálico.

Podía haberle golpeado a placer en aquel instante, pero no lo hice. Por la sencilla razón de que no sentía la menor animosidad contra Starkey.

Sus puños debían tener la dureza de la roca, porque tras algunos segundos de tregua y gruñidos sordos volvió a la carga.

Jugaba los puños muy bien, como un auténtico profesional, pero era más lento que yo, que apenas tenía que utilizar las piernas y la cintura para esquivar fácilmente sus golpes demoledores.

Finalmente me impacienté. Moví velozmente una de las piernas y le golpeé con fuerza en las corvas.

Antes de que cayera, le tomé per un brazo, lo retorcí y le volteeé

sin gran esfuerzo.

Starkey cayó pesadamente de espaldas y quedó en el suelo, gimiendo y gruñendo como un diablo.

—No vuelva a intentar golpearme, Starkey. Nada tengo contra usted, pero me desagrada que me manoseen —advertí fríamente.

Brandon ayudó a su compañero a incorporarse y le dejó caer sobre un camastro.

Luego se volvió hacia mí y me contempló en silencio, de pies a cabeza.

Brandon era un hombretón de unos cuarenta años, de un metro noventa de estatura y unos ciento diez kilos de peso. Muy robusto, de aspecto macizo, pero nada grasoso ni lento.

Por un momento, imaginé que aquella mole de huesos y músculos iba a lanzarse sobre mí.

Pero Brandon me contemplaba con admiración mal disimulada.

—Veo que sabes defenderte, Max. Starkey es un hombre muy duro, y sin embargo, tú te has librado de él con gran facilidad. ¿Quién te enseñó a luchar? —preguntó, muy sorprendido.

Pero si Brandon se sentía asombrado, algo semejante me ocurría a mí. La verdad era que había actuado como un autómatas, como si el conocimiento de la lucha fuera algo innato en mí.

—No lo sé —respondí—. No lo sé, no puedo comprenderlo.

—Ya está bien —también Brandon comenzaba a impacientarse—. Ese «no lo sé», parece tu eterna canción. Escucha, Max. —Brandon estaba ahora muy serio—. No voy a perder el tiempo. ¡Mírame! Soy un hombre muy fuerte, ¿verdad?

Parecía un titán.

Sus hombros, en tensión, eran anchísimos, y sus gruesos y nudosos brazos daban una impresionante sensación de fortaleza.

—A pesar de que sabes defenderte, Max, yo podría romperte todos los huesos con suma facilidad —dijo lentamente—. Bastarían unos cuantos golpes para acabar contigo.

Pestañee.

Yo estaba seguro de que Brandon no fanfarroneaba.

—Sin embargo —añadió—, yo no quiero maltratarte, como ha hecho ese canalla de Burnnett. Simpatizo contigo, Max. Pareces un hombre culto, elegante, de buena familia, aunque hayas escogido un camino tan equivocado como el mío.

No supe qué decir.

—Sólo te pido que Seas razonable. Tú, Starkey y yo hemos corrido idénticos riesgos cuando asaltamos el Banco Shaft. El dinero, por tanto, debe ser para los tres. ¿Por qué, entonces, tratas de quedarte con todo el botín?

Me encogí de hombros, confuso.

—No lo sé —repetí—. Si tuviera el dinero que buscan, si supiera dónde está, se lo entregaría, ya que parece lo único capaz de hacerles felices. ¿Cómo quiere que se lo explique? ¡Le juro que no logro recordar nada! Ni siquiera mi nombre..., ¿se da cuenta?

Mis manos comenzaron a temblar y sentí mi cuerpo inundado en sudor.

¿Qué me estaba ocurriendo?

Mi cuerpo todo se agitaba en un temblor epiléptico, mis ojos se salían de sus órbitas y mis dientes castañeteaban furiosamente.

Brandon tuvo que sujetarme cuando comencé a golpear mi cabeza contra los barrotes de la litera.

Literalmente, de mis labios brotaban espumarajos y mis músculos se contraían en violentos espasmos.

Brandon debió juzgar que me encontraba en grave estado, porque sin soltarme un momento y asiendo firmemente mis brazos, gritó a Starkey:

—¡Llama al vigilante! ¡Dile que es preciso que un: médico se encargue de Max! ¡Hazlo!

Starkey se alzó del lecho y llamó a grandes voces al vigilante.

Pero el agente se rió de sus pretensiones y le ordenó callar, bajo la amenaza de golpearle a culatazos.

Mi terrible acceso nervioso duró unos quince minutos.

Poco a poco, mis nervios fueron calmándose y mis músculos consiguieron relajarse.

Finalmente, Brandon me soltó.

Durante una hora yací en el camastro, respirando afanosamente por la boca, tan débil y exhausto como un niño.

Brandon, aquel hombretón de apariencia tosca y ruda, había vuelto a empapar en agua fresca un pañuelo y limpiaba con cuidado mis labios y mis mejillas.

Cuando me vio abrir los ojos y comprobó que respiraba ya con seguridad, encendió un cigarrillo y me lo puso en los labios.

—Gracias —murmuré. Y fumé ansiosamente como si la vida me fuera en aquel cigarrillo.

Entonces me incorporé en el lecho, miré fijamente a Brandon y gemí:

—Es horrible. Estoy enfermo y no sé cuál es la causa de mi padecimiento. No conozco mi nombre, no sé si estoy casado o soltero, si tengo familiares, si soy un asesino o una persona honrada... ¡No puedo recordar nada, Brandon!

—Empiezo a pensar que dices la verdad —respondió mi interlocutor.

—En tal caso, ¡háblame! —rogué—. Dime dónde me encontrasteis, cuándo, qué fue exactamente lo que hicimos entre los tres, todo cuanto sepas acerca de mí... ¡Debo descubrir mi propia identidad porque si no temo volverme loco!

Starkey se había puesto en pie y me dirigió una extraña mirada. Pero Brandon asintió.

—Está bien. Al fin y al cabo, lo que nos sobra aquí es tiempo. Te lo contaré todo, puesto que pareces haberlo olvidado. Escucha...

Me incorporé sobre un codo. Me sentía dominado por la más viva curiosidad, ansioso por desvelar una parte de mi oscuro pasado.

CAPÍTULO III

Starkey había vendido su reloj de oro y el solitario que era su orgullo. También Brandon había tenido que empeñar su saxofón, el reloj, los gemelos y otros escasos objetos de cierto valor que aún poseía.

Habían reunido mil dólares. Justo el dinero necesario para adquirir aquel coche de ocasión, un «Ford-Mustang» un tanto abollado, pero cuyo motor respondía perfectamente.

Si habían sacrificado las pocas cosas de valor que aún tenían, debía existir para ello un motivo poderoso. Y el motivo no era otro que el botín del Banco Shaft, en Atlantic City.

A las nueve de la mañana del viernes, Starkey y Brandon iniciaron el viaje a Atlantic City.

Hacia las once de la mañana se encontraban ya apenas a quince kilómetros de su objetivo.

Al salir de una ancha curva, Starkey, que iba conduciendo, se vio obligado a frenar en seco para no atropellar al individuo que caminaba, vacilante, al borde de la autopista.

Starkey comenzó a pronunciar improperios dirigidos al elegante joven que les contemplaba sin expresión a unos metros de distancia.

—Déjalo, Dan. Ese tipo parece haber bebido en abundancia —le aconsejó Brandon.

—Un «niño de papá», que regresa de una juerga nocturna —pronunció despreciativamente Starkey.

Ya se disponía a reemprender la marcha, cuando Brandon *le* tocó en el hombro.

—¡Míralo! Es incapaz de mantenerse en pie. Si sigue caminando fuera del arcén, cualquier camión lo aplastará —observó.

—¿Y qué quieres que hagamos? Allá él. Probablemente, si un

camión lo mata, su papaíto cobrará dos millones de dólares del seguro de vida. Esa gente no se anda con miserias...

—Espera. Vamos a recogerlo, Dan. No me sentiría tranquilo sabiendo que ese chico puede resultar destrozado bajo las ruedas de un «tráiler» en cualquier momento —propuso Brandon.

—¿Sentimental a estas alturas, sargento Brandon? Está bien, haz lo que quieras —se burló Dan Starkey.

Vio cómo Brandon se apeaba del vehículo y volvía Llevando del brazo a aquel joven, que aparentaba unos veinticinco años de edad.

Era un hombre muy elegante, alto y atlético, de cabellos rubios, crespos, ojos grises muy claros y facciones agradables.

En cuanto penetró en el coche y se acomodó en el asiento trasero con la ayuda del ex sargento Brandon, Starkey arrancó con brusquedad y aceleró a fondo.

—No tema —advirtió Brandon—. Le dejaremos a la entrada de la ciudad.

Starkey miró al desconocido a través del retrovisor interior.

Y quedó muy impresionado al contemplar aquel rostro inexpresivo. Los ojos grises permanecían inmóviles, como los de algunos enfermos mentales.

Brandon también debía haber notado algo raro en aquel desconocido, porque se volvió hacia atrás, le tomó por un brazo con cierta brusquedad y le preguntó:

—¡Eh, amigo! ¿Se encuentra usted bien?

—Bien —murmuró el otro.

—Huele a *whisky* —murmuró Starkey, que olfateaba el aire como un podenco.

—Ha debido coger una buena, según se advierte —rió Brandon.

El desconocido no decía nada. Se había sentado con cierta rigidez y sus ojos grises parecían mirar al vacío.

Starkey y Brandon se desentendieron de él.

Pero el ex sargento no se sentía del todo tranquilo.

Y sus problemas eran ajenos a la presencia de aquel joven en su coche.

Le preocupaba, sobre todo, la ausencia de Brad Harper.

Harper era el hombre que les había dado el «santo» de la posibilidad de asaltar el Banco Shaft de Atlantic City.

Según habían acordado días antes, Harper debería aguardarles

ante el Banco con el motor del coche en marcha.

Pero el tercer «socio» no se había presentado aquella mañana en el drug de Brooklyn donde habían acordado reunirse para emprender la marcha hacia Atlantic City.

No había resultado fácil convencer a un hombre como Bob Brandon para participar en un atraco.

Brandon había servido durante casi veinte años en el Ejército, había ganado un par de medallas en Asia y sólo había pedido la excedencia por una razón muy particular: su esposa se había fugado a Europa en compañía de un jovencito de apenas dieciocho años.

Por desgracia, aunque Brandon invirtió todos sus ahorros en hallar la pista de los fugitivos, jamás consiguió ponerles la mano encima.

Pero aquel desengaño había agriado su carácter y desquiciado su vida. Finalmente, Starkey —un «marine» amargado— y él habían intentado salir a flote alquilándose como guardaespaldas de millonarios miedosos.

Starkey había mantenido un pequeño «romance» con la esposa del poderoso personaje al que protegían y ambos tuvieron que despedirse muy aprisa, para huir de las iras del esposo ofendido.

Luego habían rodado de un empleo a otro, sin detenerse mucho en cada sitio. Habían desempeñado algunos oficios no muy agradables, casi siempre eventuales y no muy bien remunerados.

Hasta...

Hasta que Brad Harper les vino con aquel «soplo».

—En el Shaft recogen cada jueves la recaudación semanal de los ferrocarriles de la Eastern Railways. Poca cosa: entre cuatrocientos y quinientos mil dólares. Es como un juego de niños.

Según Harper, la sucursal del Banco Shaft en Atlantic City estaba situada en un lugar muy accesible del extrarradio.

—El Shaft nunca guarda más de cuarenta mil dólares, excepto del jueves a la noche del viernes, en que reciben el dinero de los ferrocarriles. Una furgoneta blindada lo transporta el viernes a Nueva York. No hay vigilante jurado y el puesto de policía más próximo queda muy lejos... ¡Un plan a nuestra medida!

Había sido muy difícil convencer a Bob Brandon. Pero las cosas habían ido muy mal, porque tanto él como Starkey se habían visto obligados a trabajar como estibadores en el puerto a cambio de un

jornal mísero, y siempre mangoneados por matones del Sindicato o por protectores mañosos.

Brandon estaba hartó. Y terminó por claudicar.

Por otra parte, Brad Harper había dicho la verdad: un par de semanas de vigilancia en Atlantic City les había permitido comprobar que el Shaft era auténticamente vulnerable.

Al principio, Brandon no parecía muy dispuesto a fiarse de Harper.

—Me han dicho que Harper ha sido durante muchos años confidente de la policía —confió el ex sargento a Starkey.

—Creo que Harper está siempre al sol que más alumbra. Ahora ha visto la posibilidad de ganar más de cien mil dólares y no quiere desperdiciarla. Pero no creo que debamos temer nada de él, puesto que al fin y al cabo, Harper va a participar con nosotros en el golpe.

Starkey tenía razón: Si Harper estaba dispuesto a participar en el atraco, sería tan responsable como los dos socios.

¿Por qué había faltado Harper a la cita?

—Es un borrachín —arguyo Starkey—. Probablemente bebió demasiado anoche y ahora está durmiendo en su casa, ajeno a todo. Espera un momento: lo comprobaremos.

Starkey hizo un par de llamadas telefónicas y volvió junto a Brandon.

—¿Qué te dije? He llamado al bar de Biani. El mismo Giorgio en persona me ha dicho que Harper apareció anoche en su bar y estuvo bebiendo como un cosaco hasta la madrugada.

De todas formas, Brandon parecía indeciso.

—No sé... Quizá sería mejor dejar lo del Banco Shaft —dijo.

Pero Starkey no opinaba igual.

—¿Y seguir trabajando para esos bandidos del puerto? Reflexiona, Bob: si no lo hacemos hoy, no lo haremos nunca. Si Harper no está aquí a las nueve, lo liaremos nosotros.

Finalmente, Brandon se había dejado convencer por la determinante decisión de su compañero.

Sin embargo, el plan había sido organizado contando con la ayuda de Harper, y al faltar él, nadie estaría vigilando en la calle a bordo del «Mustang».

Pensando en ello, Brandon tuvo una idea: obtener la ayuda del joven que habían recogido en la autopista.

Por eso se volvió bruscamente hacia atrás y preguntó:

—Mi amigo se llama Dan. Yo soy Bob. ¿Cómo se llama usted?

Sobre el parabrisas, alguien había pegado un auto-adhesivo con la marca de un *whisky* escocés: Max Smith.

—Max... Max Smith —respondió el joven, inexpresivo.

—Muy bien, Max. Bebiste más de la cuenta, según parece. ¿Tal vez problemas económicos? —preguntó Brandon.

—Económicos —respondió Smith como un eco.

Starkey y Brandon intercambiaron una mirada.

—Quizá nos conviniera, ¿eh, Dan? Smith parece un tipo fuerte y poco impresionable. Él podría esperarnos ante el Shaít, con el motor del coche en marcha...

—Quizá —respondió Starkey, sin querer comprometerse demasiado.

Brandon se volvió hacia Smith.

—Veamos, Max. Al parecer, te encuentras con problemas...

—Sí. Problemas. —Murmuró Max.

—Nosotros podemos solucionártelos. ¿Cuánto necesitas? ¿Cinco mil, diez mil, tal vez veinte mil dólares?

—Veinte mil dólares —pronunció Max.

—Les tendrás. Pero a cambio, tienes que ayudarnos. Será muy fácil: solamente tendrás que aguardarnos en cierto lugar, dentro de este coche, y con el motor en marcha. Supongo que sabes conducir...

—Conducir —repitió Smith, sin alterar su expresión.

—¡Muy bien! —exclamó Brandon, satisfecho—. Entonces, está decidido. No temas, Max. No tendrás que exponerte demasiado, sólo aguardar, atento, en el coche. Y en cuanto nos veas aparecer, arrancas, nos recoges y sales zumbando. Eso es todo. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —respondió monótonamente Max.

* * *

Brad Harper despertó de su modorra alcohólica a las once de la mañana del viernes.

Abrió los congestionados párpados y dirigió una acuosa mirada a su alrededor.

Dolly, la chica con la que había dormido, se había marchado ya

de buena mañana.

—Zorras —gruñó Harper entre dientes—. Sólo les interesa el dinero.

Se incorporó al pronunciar la palabra dinero.

Acababa de recordar a Brandon y a Starkey y, por supuesto, su cita con ellos en el drug de Brooklyn.

Se levantó torpemente, salió de la habitación y se derrumbó sobre un despanzurrado diván, al lado del teléfono.

Marcó el número del drug. Uno de los camareros le dijo que Brandon y Starkey le habían estado aguardando hasta las nueve en punto, hora en la que ambos abandonaron el local.

—Cerdos —gruñó Harper, después de colgar—. Han decidido dar el golpe sin contar conmigo. Pero no conocen bien a Brad Harper...

Marcó el número del teléfono privado del teniente Burnnett en Atlantic City.

El aparato enviaba una y otra vez su llamada, pero nadie recogió, el teléfono al otro lado de la línea.

—Burnnett estará durmiendo con alguna joven pelandusca. —Imaginó.

Era normal, para Harper. Burnnett tenía una esposa gorda y gruñona que sólo era feliz cuando se situaba en la mesa ante una fuente de estofado.

Llamó a la comisaría.

Un policía llamado Burkman le dijo que el teniente Burnnett no estaba de servicio, pero ante la insistencia de Harper le dictó varios números de teléfono a través de los cuales tal vez podría localizarle.

Otro hombre que no fuera Harper hubiera desistido entonces. Pero Harper era obstinado hasta el límite cuando se trataba de tomarse la revancha.

Finalmente, consiguió establecer contacto con el oficial de policía.

—Sí, soy Burnnett. ¿Quién diablos se atreve a molestarme ahora?

Como fondo a las palabras del teniente, Harper pudo escuchar unas risitas femeninas.

—Soy Brad Harper, teniente. Y en lugar de despotricar como un barrendero, sería mejor que prestara atención a lo que voy a

decirle.

—Ah, pero si es mi pequeño confidente... Adelante, Harper. ¿De qué se trata? —Ahora el policía parecía verdaderamente interesado.

—Es posible que, a estas horas, mi llamada resulte inútil, teniente. Hace media hora que trato de localizarle.

—Deja de jugar a los jeroglíficos y di lo que tengas que decir —gruñó Burnnett, impaciente.

—Envíe a algunos de sus hombres al Banco Shaft. Es posible que lleguen a tiempo de impedir un atraco.

Burnnett pronunció una obscenidad intranscribible.

—Te arrancaré la piel a tiras si bromeas, Harper.

—Nada de bromas, teniente, Bob Brandon y Dan Starkey han salido esta mañana de Nueva York con el propósito de robar la recaudación de la Eastern Railways, depositada en el Shaft. Será mejor que aproveche el tiempo. Ah, y no olvide citar mi nombre en el informe policial. Ya sabe que me interesaría cobrar la recompensa del Banco.

—Eres un granuja con suerte, mi querido Harper —respondió Burnnett. Y colgó enseguida, dejando a Harper con la palabra en la boca.

CAPÍTULO IV

—Hazte cargo del coche, Max —ordenó Brandon.

El joven permaneció inmóvil. Parecía ajeno a todo.

Starkey le abofeteó suavemente.

—¿No has oído? ¡Ponte detrás del volante! ¿O es que vas a volverte atrás? —gritó, iracundo.

—Déjalo —rogó Brandon.

Abrió la portezuela, bajó y tomó a Max por un brazo. El joven le siguió, sumiso, rodearon el «Mustang» y Max ocupó su puesto tras el volante.

Se habían detenido en una vía de servicio paralela a la autopista. A unos trescientos metros, en una plazoleta próxima estaba la sucursal del Banco Shaft.

Brandon consultó la hora: las once menos cinco de la mañana.

—Adelante, Max. Sólo tienes que seguir por esta carretera hasta la plazoleta. Yo te diré dónde tienes que detenerte —indicó Brandon.

El «Mustang» arrancó a trompicones. Pero enseguida estabilizó su marcha y avanzó a buena velocidad hacia adelante.

Brandon, sentado atrás, apretaba un maletín contra su regazo. Se diría que estaba muy nervioso, pero se sentía firmemente decidido a llevar a cabo el atraco que habían planeado.

—Aminora la velocidad; tuerce a la derecha —dictó Brandon a Max.

Smith temó la curva a tanta velocidad que el «Mustang» se puso sobre dos ruedas y el automóvil se dirigió raudo hacia el tronco de una de las acacias que daban sombra a la retirada plazoleta.

Starkey perdió el color y Brandon se atragantó.

Sin embargo, cuando ya parecía inevitable la colisión, Max

torció bruscamente el volante, el automóvil cayó sobre sus cuatro ruedas y rodó, despacio hasta detenerse a diez metros de la fachada del Banco.

Starkey y Brandon suspiraron al mismo tiempo.

—¡Uf! —resopló Starkey—. ¡Creí... creía que...!

Pero Brandon le puso en las manos una de las dos metralletas que acababa de sacar del maletín y Starkey calló.

—Mantén el motor en marcha, Max —ordenó Brandon—. Y vigila con atención los alrededores. Si ves un coche de la policía o algo que te inspire sospechas, toca el claxon tres veces. ¿Conforme?

—¡Conforme! —repitió Max, sin mirarlos.

Starkey y Brandon se aparearon y atravesaron la plaza, ocultando sus armas bajo las chaquetas.

Se habían puesto de acuerdo para repartirse cada movimiento a realizar.

Brandon se dirigía al despacho del director, mientras Starkey ocupaba un puesto junto a la ventanilla del cajero.

Entraron.

Starkey arrugó el ceño: cuatro personas hacían cola para realizar sus operaciones bancarias.

Tuvo que ocupar un lugar al final de la cola. Y pensó que las cosas se complicarían estúpidamente si alguien más penetraba en el Banco a partir de aquel instante.

Calmosamente, Brandon aguardaba ante la puerta del despacho del director. Su consigna era evitar que el hombre que ocupaba aquella oficina descolgase el teléfono y diera la alarma a la policía.

Starkey aguardó, impaciente y en tremenda tensión nerviosa, hasta que el cajero atendió a las cuatro personas que le precedan en la cola. Milagrosamente nadie había penetrado en el Banco detrás de ellos dos.

Entonces sacó un poco el cañón de su metralleta, de forma que el empleado del Banco pudiera verlo, y susurró:

—Esto es un atraco, amigo mío. No pise el timbre de alarma, por favor, o tendré que meterle una ráfaga de plomo en la cabeza.

El hombre palideció y sus lentes temblaron sobre la aquilina nariz.

—No..., no dispare. Ten... tengo cinco hijos. Haré... lo que *me* ordene —tartamudeó, demudado.

—Buen chico —respondió Starkey, y notó que recuperaba la serenidad—. Ahora, cálmese. Y siga al pie de letra mis instrucciones. Por el momento, póngase en pie y retroceda hasta la mampara de división.

Él cajero obedeció prestamente.

Starkey se volvió fugazmente hacia atrás.

Brandon acababa de salir del despacho del director. Cumpliendo con el plan, su compañero habría puesto fuera de combate a aquel individuo y cortado el cordón del teléfono.

Esperó hasta que Brandon ocupó un lugar próximo a la entrada y entonces Starkey retrocedió de un salto.

—¡Todos a tierra, manos sobre la nuca! —gritó.

Los seis empleados que ocupaban otras tantas mesas tras el mostrador se alzaron, asustados.

Uno de ellos titubeó antes de lanzarse al suelo, pero Starkey le encañonó y el joven se dejó caer de bruces.

—Ahora —indicó al cajero—. Salga de ahí, abra la caja y arrójese al suelo. ¡Rápido o disparo!

El hombre salió de la cabina, tropezó con una silla y estuvo a punto de caer al suelo.

Sin embargo, logró recuperar el equilibrio y avanzó grotescamente hasta la caja de seguridad empotrada en el muro.

El silencio era tan absoluto que Dan Starkey pudo escuchar perfectamente los crujidos metálicos del mecanismo de la caja cuando el cajero pulsó el dial de la combinación y accionó el manubrio.

Starkey avanzó entre las mesas y con un gesto indicó al cajero que su misión había terminado, con lo cual el pobre hombre se apresuró a arrojarle de bruces sobre el piso.

Un destello de satisfacción codicia brilló en los ojos de Starkey.

Dentro de la caja se amontonaban, cuidadosamente ordenados, los fajos de billetes.

Billetes pequeños, muy usados, manoseados, procedentes de la recaudación semanal de la empresa Eastern Railways.

Rápidamente, sacó de un bolsillo un gran saco de fina malla de nylon, muy resistente, y llenó el recipiente a brazos de aquellos viejos billetes, difícilmente identificables.

La operación apenas duró tres minutos, desde el momento en

que Starkey anunciara sus intenciones al cajero.

A Starkey le relucían intensamente los ojos cuando cerró el saco con un fino bramante.

Retrocedió.

Puso el saco sobre el mostrador y saltó ágilmente al otro lado.

—¡Que nadie se mueva durante cinco minutos! —gritó Brandon con su imponente vozarrón—. Si alguien desobedece esta orden, se expondrá a morir acribillado a balazos.

Retrocedió de espaldas, cubriendo la retirada de Starkey. Y de repente, dio la vuelta y corrió hacia la calle en pos de su compañero.

Starkey abordaba ya el «Mustang» cuando Brandon cubrió en una rápida e increíble galopada la distancia que le separaba del automóvil.

La portezuela estaba abierta y Brandon se zambulló de un salto en el interior del vehículo.

Entonces alguien apareció en la puerta del Banco Shaft y comenzó a disparar un revólver.

Varios impactos perforaron las planchas del automóvil e incluso un balazo destrozó el cristal de la ventanilla, cuyos fragmentos salpicaron abundantemente el asiento posterior.

Brandon bramó de rabia y de miedo.

—¡Max! —gritó—. ¿Qué diablos esperas para arrancar?

Atónito, comprobó que Max permanecía de bruces sobre el volante, inmóvil.

Por un momento, Brandon temió que el joven hubiera sido alcanzado por los disparos del sujeto que disparaba desde la puerta del Banco.

Pero Starkey, rabioso, atenazó a Smith por los hombros y le zarandeó salvajemente.

—¡Vamos, estúpido, arranca o nos abrasarán! —ordenó.

Max les dirigió una inexpresiva mirada.

Entretanto, el hombre de mediana edad que disparaba contra ellos se había envalentonado al advertir que los atracadores no respondían a su fuego y corría hacia el coche, dispuesto a todo.

Los neumáticos del «Mustang» chirriaron desagradablemente, el automóvil giró en la plaza y se alejó hacia la autopista.

CAPÍTULO V

Podía haber radiado una orden a uno de los coches-patrulla, pero Burnnett temó su «Jeep» y se dirigió sólo al extrarradio.

Alcanzó la autopista y dos kilómetros más allá se desvió a la derecha y avanzó por la pista de servicio.

Se aproximaba al Banco Shaít cuando escuchó aquellos disparos.

Un «Ford-Mustang» cruzó raudo ante él, sin respetar el semáforo, cruzó el paso elevado sobre la autopista y desapareció al otro lado.

Burnnett sonrió.

—Así que esos granujas han logrado alzarse con el dinero... — murmuró.

Torció a la izquierda, aceleró a fondo y emprendió la persecución.

Indudablemente, el teniente Burnnett no era un héroe, ni siquiera un policía temerario y cumplidor de su deber.

En realidad, lo que provocaba su interés no era otra cosa que el botín que, posiblemente, los atracadores transportaban en el «Mustang».

Su sonrisa se hizo aún más amplia al advertir que el automóvil deportivo tomaba la carretera Seis, una vía secundarla casi en desuso y de firme irregular y poblado de baches, que casi nadie utilizaba ya.

Sonreía con la seguridad de que a través de aquella ruta su «Jeep» tendría todas las ventajas sobre el estilizado «Mustang».

El automóvil que perseguía rodaba a velocidad endiablada a unos quinientos metros de distancia, pero cuando hubieron avanzado unos kilómetros y comenzaron a sucederse las empinadas colinas de Shurry Hills, el «Mustang» decreció su velocidad

ostensiblemente.

Cuando escalaban la primera colina, Burnnett logró situarse apenas a ochenta metros de los fugitivos.

El «Mustang» alcanzaba ya el cambio de rasante cuando Burnnett sacó su revólver de reglamento y apuntó cuidadosamente por encima del cristal parabrisas.

Disparó tres veces.

Pero el «Mustang» superó el cambio de rasante y desapareció.

Burnnett cambió a tercera y el motor del «Jeep» rugió potente.

Para entonces, el teniente había tomado ya su decisión: quedarse con el botín de los atracadores.

¿No era la ocasión de su vida, la oportunidad que había estado esperando durante años y años...?

Las circunstancias se habían aliado a su favor: el hecho de haber emprendido en solitario la persecución de los atracadores, la ruta, apenas transitada, elegida por los fugitivos, la crecida cantidad del botín.

«Jeep» alcanzó el cambio de rasante y se embaló, cuesta abajo.

Pero Burnnett era consciente de que su nueva oportunidad llegaría cuanto el «Mustang» atacase la próxima cuesta arriba. Porque en tercera velocidad y con el acelerador a fondo, el «Jeep» tendría todas las ventajas.

A unos cincuenta metros, el automóvil de los bandidos se bamboleaba peligrosamente, rebotando sobre los baches y las piedras sueltas que cubrían la carretera.

Al iniciar la pendiente, Burnnett cambió nuevamente de velocidad y aceleró.

Se acercó temerariamente al «Mustang» y elevó el revólver por encima del marco del parabrisas.

Disparó con ansia a las ruedas, maldiciendo in mentí por no haber tenido la precaución de tomar una metralleta.

Una de las ruedas del «Mustang» debió ser alcanzada, perqué el automóvil se bamboleó violentamente, a punto de despistarse.

Sin embargo, el hombre que lo conducía debía tener nervios de acero, porque consiguió dominar el vehículo e incluso enderezar su marcha, que fue aminorándose paulatinamente.

Burnnett se previno cuando el automóvil desapareció en la cima de la colina.

«No sería mala estrategia frenar al otro lado y recibirme con una andanada de balas», pensó.

Redujo la velocidad y avanzó en segunda, preparado a reaccionar con rapidez en caso de peligro.

Pero sus precauciones eran inútiles: rebasado el cambio de rasante, el «Mustang» seguía su carrera, rebotando peligrosamente sobre el firme con una de sus ruedas traseras deshinchada.

Burnnett se disponía a seguir disparando cuando ocurrió lo imprevisto: las portezuelas del vehículo fugitivo se abrieron y dos hombres saltaron fuera, rodaron sobre el irregular firme de la carretera y se detuvieron en la cuneta cubierta de yerbajos.

Burnnett cometió un grave error entonces.

El caso es que vio rebotar las metralletas contra el duro asfalto y frenó en seco, a diez metros de los atracadores.

—¡Quietos! —gritó, encañonándoles—. ¡Levanten las manos y permanezcan inmóviles!

Bajó del «Jeep» y avanzó despacio, sin dejar de vigilarles.

Ya se inclinaba para recoger las metralletas, cuando advirtió, estupefacto, que una de las dos armas se había partido... por el cañón.

—Metralletas... de pega —barbotó, chasqueado.

—Las fabriqué con migas de pan. Y después de endurecidas, las pinté —explicó Starkey, sardónico.

Burnnett maldijo entre dientes. El «Mustang» había desaparecido al otro lado de la próxima colina.

—¿Dónde está el dinero? —exigió con voz dura, contemplando a los dos hombres, rabioso.

—Que me registren —respondió Starkey, fachendoso.

—¿Qué dinero? —exclamó Brandon, con cara de inocente.

Burnnett les hubiera golpeado a culatazos de buena gana. Pero no estaba dispuesto a perder el tiempo: era necesario reemprender la persecución del tercer fugitivo que transportaba el botín a bordo del «Mustang».

—Aplastad las narices contra la tierra —ordenó secamente.

Con rapidez asombrosa, los cacheó y los esposó entre sí, tras lo cual los obligó a subir al «Jeep» y pasó un segundo juego de esposas entre una de las asas metálicas del vehículo y el grillete de la muñeca derecha de Brandon.

Arrancó y aceleró con rabia.

El «Jeep», más cargado ahora, ascendió la pronunciada pendiente con cierto esfuerzo.

En cuanto escalaron la cima, Burnnett oteó el panorama con ansiedad. Pero el «Mustang» no aparecía por ninguna parte.

Durante media hora, el teniente condujo a la máxima velocidad, ansioso por dar alcance al fugitivo.

—No puede haber ido muy lejos con ésa rueda deshinchada —pensaba Burnnett, lleno de esperanza.

Pero ¿quién podía asegurarle que el tercer bandido no había empleado aquella tregua en detener su automóvil y cambiar la rueda perforada por la de repuesto?

Descendían una vez más la cuesta de una de las colinas de Shurry Hills, cuando descubrieron las llamaradas en el fondo de un barranco.

Burnnett aumentó la velocidad hasta alcanzar aquel lugar.

—¡Es el «Mustang»! —gritó Brandon, sin poder contenerse—. ¡Y Max puede estar achicharrándose en su interior!

—También se achicharrará el dinero —gruñó Burnnett, colérico.

Descolgó un extintor contra incendios, bajó del vehículo y se alejó, cuesta abajo, resbaló a punto de perder el equilibrio, rodó por el suelo finalmente, se incorporó lanzando reniegos y llegó junto al coche en llamas.

Brandon y Starkey le vieron manejar el extintor con gran urgencia, en medio de la intensa humareda.

Al cabo, las llamas fueron extinguiéndose y sólo quedó la columna de humo negruzco que se alzaba rectamente hacia el firmamento.

Burnnett hurgó temerariamente en el montón de arrugada chatarra. Cuando volvió al «Jeep», veinte minutos más tarde, el policía renegaba entre dientes y aparecía completamente tizado por la humareda.

—¿Encontró el dinero? —preguntó Starkey, con ansiedad.

—¡No, maldita sea! —rugió Burnnett.

Se limpió con un trapo no demasiado limpio y dejó el extintor en su alojamiento, tras el asiento delantero.

—Pero, pensándolo bien —añadió, reflexivo—, no ha podido quemarse dentro del coche. Pude echar una ojeada al interior y vi

que los asientos estaban todavía intactos. Abrí el maletero y... estaba vacío. Así, pues, vosotros debéis saber dónde ocultasteis el botín. Y me lo vais a decir.

—¿Dónde está el muchacho? —inquirió Brandon, preocupado—. Me refiero a Max Smith.

Burnnett se frotó la frente con el sucio trapo.

—Hay un tipo en el fondo del barranco. Supongo que te refieres a él...

—¿Está muerto? —preguntó Brandon, inquieto.

—¿Cómo diablos voy a saberlo, si no he bajado hasta el fondo? Por mí, puede morirse allá abajo.

Starkey escupió a los pies del policía.

—No tiene vergüenza, teniente. Ese muchacho puede estar necesitando urgentemente nuestra ayuda —pronunció.

Burnnett se acercó a él y le abofeteó, crudamente.

—Cállate —ordenó, seco y autoritario—. Yo sé lo que tengo que hacer.

—Si sabe lo que tiene que hacer, quítenos las esposas y déjenos bajar al barranco —intervino Brandon—. ¡Hágalo!

Burnnett se volvió hacia el gigantesco ex oficial, dispuesto a golpearle. Pero tropezó con los fríos ojos azules de Brandon y se detuvo.

—¿Por qué voy a hacerlo? ¿Para qué me asesinéis por la espalda? —Gruñó, desconfiado.

—No sea idiota —le reconvino Brandon, con gran aplomo—. Max llevaba el dinero cuando saltamos fuera del «Mustang». El debe haberlo escondido. Si le hacemos volver en sí, nos dirá dónde está el saco.

El teniente pareció considerar durante unos segundos aquella posibilidad.

Y finalmente se decidió.

—De acuerdo. Os quitaré las esposas. Pero tened cuidado: os estaré vigilando continuamente y dispararé sobre vosotros si advierto cualquier movimiento sospechoso —advirtió a los detenidos.

Sostenía su revólver en la mano izquierda cuando introdujo la pequeña llave en el cierre de las esposas y les liberó.

Starkey bajó de un salto y Brandon le imitó.

Escortados por el policía, descendieron con cuidado, rodearon la chatarra negruzca en que había quedado convertido el «Ford-Mustang» y echaron una ojeada al barranco.

En efecto, Max yacía en el fondo, exánime.

Había un tajo de unos ocho metros hasta el fondo. Una pared casi vertical, en la cual crecían algunos arbustos de escaso follaje.

Starkey descendió decididamente. Más que dedicar su atención a Max, dirigió enseguida una veloz ojeada al fondo arenoso del barranco.

Por desgracia, el saco del dinero no estaba a la vista.

Convencido de ello, se inclinó sobre Max, tomó su pulso, puso una mano sobre su pecho y gritó a Brandon:

—¡Está vivo! Pero tiene una buena brecha en la cabeza. Debió recibir un buen golpe al despeñarse.

—¿Puedes subirlo? —preguntó Brandon.

—¡Seguro... si dispusiera de una soga a la que agarrarme!

Brandon se volvió hacia Burnnett que, cinco metros detrás, no le perdía ojo.

—Vaya a por la cuerda, teniente. He visto una que podría valemós, en su «Jeep» —pidió.

—Ni hablar —respondió el oficial de policía, receloso—. No pienso dejaros aquí, solos, para que emprendáis la fuga.

—¿Fugarnos? —rió Brandon, señalando con un gesto el desolado paisaje—. ¿Cómo, por dónde...?

Pero Burnnett no parecía muy dispuesto a atender la petición de Brandon, por lo que éste volvió a insistir:

—Si Max muere en el fondo de ese barranco, jamás sabrá donde escondió el dinero. Haga lo que quiera.

Y aquello decidió al policía, que escaló la abrupta pendiente y volvió pocos minutos después con la cuerda.

Apoyado en el cabo, con el cuerpo del desvanecido Max a la espalda, Starkey escaló el tajo y llegó arriba.

Entre los dos «socios» reanimaron al joven en poco tiempo. Pero en cuanto Max abrió los ojos, Burnnett, mediante la amenaza de su revólver, les obligó a separarse de él.

Luego observó a Max, que parpadeaba, confuso, y se palpaba la herida del cráneo, y aproximó el cañón del revólver a su frente.

—¿Dónde escondiste el saco con el dinero? ¡Aprisa o disparo! —

gritó, frenético.

Pero Max le miró con estúpida expresión y murmuró:

—¿Quién... quién es usted?

Perdida la compostura, Burnnett le golpeó en la cabeza con el cañón de su revólver. Max cayó de nuevo a tierra sin exhalar un gemido y quedó inmóvil.

—Cargad con él —ordenó el policía—. Yo le haré hablar.
¡Varaos, obedeced!

CAPÍTULO VI

Starkey se retiró bruscamente de la litera sobre la que yo descansaba, para volver rápidamente junto a mí.

—¿Se ha refrescado suficientemente tu memoria? —gritó, exaltado—. Así ocurrieron las cosas. El saco con el dinero desapareció en el trayecto comprendido entre el lugar en que Bob y yo nos lanzamos fuera del coche y el barranco donde te encontramos desvanecido. Es evidente que tú fuiste más previsor que nosotros y que dispusiste de tiempo suficiente para ocultar en lugar seguro nuestro botín. Ahora sólo resta una cosa... ¡que nos digas dónde está el dinero!

Miré a Starkey. Y también a Brandon.

Los dos me observaban, expectantes. Ambos tenían la misma expresión dura y ansiosa.

Finalmente moví la cabeza con desesperación.

—Lo siento. No recuerdo nada de eso —declaré.

Starkey perdió la paciencia enseguida.

Inflamable como la pólvora, su puño derecho se cerró, amenazador. Pero Brandon lo detuvo cuando ya se disponía a golpearme.

—Calma, Dan. Max terminará por recordar. Y te diré una cosa: yo confío en él. No me preguntes la razón. Algo me dice que no nos está mintiendo. Esperemos. Estoy seguro de que Burnnett guarda algún naipe en la manga. Ya veremos.

—¡Pero yo no tengo tu paciencia! —protestó airadamente Starkey—. ¡Es mi dinero, es nuestro dinero! Expusimos el pellejo por él, ¿te das cuenta?

—Sí —respondió Bob—. Y pienso hacer lo imposible por recuperarlo. Pero nada conseguiremos con atormentar a Mas.

Me incorporé un tanto.

Y de pronto dije aquello:

—No es legal.

—¿Qué no es legal, querido? —se burló Starkey, ácido.

—La conducta del teniente Burnnett. No sólo me golpeó en solitario hasta que perdí el conocimiento: estoy seguro de que no ha dado cuenta de nuestra detención ni al fiscal ni al juez. A él, sólo parece interesarle el dinero. Como a vosotros.

—Y a ti, ¿no? —Gruñó Starkey.

Tardé unos segundos en contestar. Reflexionaba sobre ello.

—No lo sé —confesé al fin—. Pero estoy seguro de que Burnnett se está comportando de forma ilegal. Su obligación como oficial de policía era la de hacernos saber nuestros derechos, tomarnos declaración y hacer comparecer a nuestros abogados. Sin embargo, han transcurrido más de veinticuatro horas y Burnnett nos mantiene aquí, aislados, sin poner en marcha la maquinaria de la ley.

—¡Eh, eh! —exclamó Starkey, sorprendido—. Todo eso suena muy bien. Yo diría que te expresas como un abogado.

Pero al verme interrumpido, también yo parecí asombrado de mis propias palabras.

E inmediatamente enmudecí.

Brandon, entre abatido y fatigado, se dejó caer sobre el camastro. Y Starkey hizo otro tanto.

La celda quedó en silencio, apenas interrumpido de cuando en cuando por el rumor de los pasos del vigilante en el exterior.

«Nada he avanzado con el relato de mis dos obligados compañeros de celda —pensé, manteniendo los ojos cerrados—. Tenía la esperanza de vislumbrar una pizca de mi incierto pasado, a través de ellos, pero ahora me veo tan sumido en las tinieblas como al principio».

Me concentré.

Hice un esfuerzo desesperado por recordar vivencias anteriores, pero todo fue inútil.

«Quizá sea mejor así —pensé amargado—. ¿De qué me serviría recuperar la memoria? Tal vez, sólo para comprender un pasado atroz, salpicado de delitos, de violencias, de crímenes...».

Noté cómo Starkey se ponía en pie de un brinco.

—¡Alguien viene hacia acá! —susurró.

Brandon también se había incorporado.

Un rayo de sol penetraba, cegador, a través de la ventana.

Eran las siete de la mañana y la temperatura ambiente era ya muy elevada.

Me dejé caer del elevado camastro.

Mis castigados músculos se resintieron, pero poco a poco comencé a sentirme mejor.

—Será la comida —dijo Brandon entre dientes—. Ese canalla de Burnnett nos ha mantenido en ayunas casi cuarenta y ocho horas.

Era cierto.

A lo largo de dos días, media docena de vigilantes se habían relevado en el pasillo exterior, pero nadie había llegado a nuestra celda con un poco de rancho.

Sólo teníamos agua. El agua del grifo, que era lo único con lo que habíamos subsistido hasta entonces.

Yo había dormido algunas horas, pero había permanecido las dos noches en vela, escarbando incesantemente en mi cerebro.

Cierto que no había conseguido saber gran cosa de mí, pero en cambio había llegado a ciertas conclusiones concretas.

Basándome en la calidad de mis ropas, en mi cuidado lenguaje y en otros detalles que a mí mismo me sorprendían en gran manera, había llegado a deducir —cuando menos—, que mi educación era muy superior a la de Brandon y Starkey.

Si me dejaba llevar por las impresiones de mi dos «socios» —y por las mías propias—, todo ello me llevaría a unas segunda deducción: yo conocía las leyes policiales y legales.

En tal caso, ¿era yo un policía? ¿O tal vez un abogado?

Otra cosa que me llamaba la atención era aquel estuchito dorado de fósforos con las palabras «Air Club», que yo mismo había encontrado en mis bolsillos.

Parecía un regalo de gran prestancia, con cierto estilo, lo que me animaba a sospechar que había llegado a mí a través de algún círculo social de la clase elevada.

Ahora más que nunca yo tenía tanto interés como Brandon y Starkey en fugarme.

Y no sólo por conseguir establecer mi identidad. Había algo más.

En el fondo de mi cerebro, mi instinto de conservación estaba enviándome continuas llamadas de alerta.

«¡Márchate, fúgate! ¡Aléjate de aquí!», venía a ser la orden.

No podía confiar en Burnnett, un tipo ambicioso que transgredía la ley de forma tan flagrante como yo mismo había podido comprobar. Y ello a costa de mi propia piel.

Starkey volvió apresuradamente hacia Brandon y yo, que aguardábamos, expectantes.

—¡Viene Burnnett! —susurró.

Los pasos resonaron en el largo pasillo.

El teniente Burnnett apareció al otro lado de la reja, acompañado de un policía alto y huesudo, de rostro pálido y demacrado y ojillos malignos.

—Abre y espósales en línea, Madison —ordenó Burnnett.

—¿Adónde vamos, teniente? —quiso saber Starkey, mientras el agente Madison penetraba en la celda y con toda rudeza nos obligaba a ponernos de espaldas con las piernas abiertas en compás.

—Sólo trato de velar por vuestra salud, queridos —se burló el oficial—. Os voy a dar un paseo.

—No me fío —susurró Brandon a mi oído—. Burnnett es capaz de... liquidarnos.

Me volví rápidamente hacia el oficial.

—Escuche, teniente. Usted no tiene derecho a hacer lo que está llevando a cabo. Se comporta como un fuera de la ley. No podemos consentirlo —dije acaloradamente—. Debe saberlo ahora mismo... ¡Quiero ver a un abogado!

Burnnett sonrió como una serpiente.

—Conque un abogado. ¡Vaya, vaya...! —exclamó, entre jocoso y admirado.

Avanzó unos pasos dentro de la celda, hasta quedar frente a mí. Y me contemplaba fijamente, muy divertido, al parecer.

De repente, alzó una pierna y me golpeó con la rodilla en el bajo vientre.

Dejé escapar un aullido de dolor y caía a tierra, donde me retorcí sobre mí mismo, en una vorágine angustiosa.

Afortunadamente mi estómago estaba absolutamente vacío, porque en caso contrario lo habría arrojado todo fuera de la forma más rápida y violenta.

Me habían esposado entre Brandon y Starkey y fueron ellos, obligados por Burnnett y Madison, los que me arrastraron hasta el exterior.

Salimos de la comisaría por una discreta salida que daba a un callejón desierto.

Bajo la amenaza de la metralleta que empuñaba Madison, fuimos obligados a subir al «Jeep» de Burnnett.

—Conduce tú —ordenó éste al agente. Y se sentó a su lado, sin perdemos de vista ni un solo momento.

Había poca gente en las calles, dado lo temprano de la hora, pero incluso en tales circunstancias, Madison procuró elegir las vías menos transitadas de la ciudad hasta salir a la autopista.

Luego, de repente, se detuvo en la recoleta plaza donde se encontraba situado el Banco Shaft.

Burnnett me atrajo de un tirón brutal hasta que su rostro y el mío quedaron a un centímetro de distancia.

Su aliento olía a *whisky* agrio cuando dijo:

—Y ahora, mucha atención, querido Max. Vamos a recorrer el mismo camino que hicisteis los tres el día que asaltasteis el Banco. Espero que durante el trayecto recuperes la memoria y me digas dónde dejaste caer el dinero. Caso contrario...

Me despidió de un bofetón salvaje sin molestarse en terminar la frase.

¿Para qué? A fin de cuentas, yo ya sabía, más o menos, de cuánto era capaz aquel individuo.

Apoyé la cabeza en el hombro de Brandon, que rechinó los dientes y miró a Burnnett con odio.

—Procure vigilamos bien, teniente. Porque como consiga escapar, le mataré —pronunció con voz más fría que el hielo.

—Bob, no debes... —empecé a decir.

Pero Burnnett nos ordenó callar y obedecimos, conscientes de que excitar su cólera sería contraproducente.

Madison conducía a poco más de cuarenta kilómetros por hora a lo largo de la accidentada ruta.

—¿Reconoces esta carretera, Max? —susurró Starkey a mi oído.

—No sé... Este paisaje me resulta familiar, pero...

—¿Qué?

—¡No logro recordar! —exclamé, desesperado—. ¡No... puedo!

—Cálmate —me aconsejó Brandon—. No creo que estés en situación de aguantar nuevos golpes por parte de esos dos cerdos.

Burnnett se volvió a mirarnos y enmudecimos.

No volvimos a pronunciar una palabra en el resto del trayecto.

Por mi parte permanecía inmerso en sombríos pensamientos.

Por una parte, me sentía escarnecido, dolorido, profundamente humillado por el trato violento y degradante que había recibido de Burnett.

Pero de repente un nuevo pensamiento me inquietó:

«¿Y si yo, en verdad, fuera también un delincuente, un asesino...?».

Yo mismo pronuncié mentalmente la respuesta:

«En tal caso, Burnett no habría hecho otra cosa que darme el trato que me corresponde».

«¡Dios mío, no es posible!», pensé.

Porque lo cierto era que todo mi ser se rebelaba contra la injusticia, la violencia y el crimen.

Me desagradaban profundamente las blasfemias de Madison, las frases soeces del teniente Burnett, sus groseros y brutales modales; incluso el estilo desafiante y callejero de Dan Starkey.

«No puedo ser un asesino, un criminal», me dije.

Pero ¿cómo podía estar seguro de ello si no disponía de la clave de mi pasado?

Aquella frase no significaba sino el deseo ferviente de tener la seguridad de que yo era una persona honrada.

Miré a Brandon, a Starkey.

¿Eran unos delincuentes endurecidos?

No me lo parecían.

Más bien se diría que eran seres marginados, marcados tal vea por la desgracia y la injusticia, pero no auténticos malhechores sin escrúpulos.

El «Jeep» acababa de remontar una empinada pendiente.

El vehículo aumentó su velocidad y el aire fresco de la mañana bañó mis sienes.

Contemplé un paisaje dorado, un tanto áspero y abrupto, pero sumamente bello a la luz de los primeros rayos del sol.

Un barranco hendía la tierra rojiza como una cuchillada en el seno de la vaguada.

El «Jeep» frenó súbitamente y yo me vi impelido contra la espalda de Burnnett, que me rechazó de un manotazo salvaje.

Miré hacia la izquierda y vi los restos de un automóvil incendiado, ennegrecido, retorcido sobre sí mismo.

Madison echó pie a tierra y nos encañonó con su metralleta:

—¡Abajo, rápido! —gritó, áspero.

CAPÍTULO VII

—Quítale las esposas a Max y tráelo aquí, Madison —indicó Burnnett.

El policía rodeó el «Jeep» y manipuló en las esposas que me unían a mis compañeros.

Seguidamente ajustó los grilletes de Brandon y Starkey y los sujetó con otro par de esposas al vehículo.

Me froté, satisfecho, las muñecas, salvajemente oprimidas por los grilletes que Madison había apretado al máximo.

—Baja —me ordenó Madison.

Obedecí.

Burnnett me miró fijamente. E incluso sonrió.

—Veamos, Max —empezó—. El saco con el dinero debe estar por estos alrededores. Reflexiona. Te daré tiempo para que recuerdes. Y luego, habla. En caso contrario me temo que vas a pasarlo muy mal. Estás muy pálido y desmejorado, muchacho, ¿tienes hambre, quizá? Dime dónde está el dinero y comerás cuanto quieras. Muéstrale la comida, Madison.

El policía sacó una bolsa de debajo de su asiento y destapó una fiambra.

Sádicamente, Burnnett pasó bajo mi nariz los aromáticos filetes empanados, los pimientos rellenos, las salchichas en salsa de tomate...

Desde luego, Burnnett era el colmo de la malignidad. Después de dos días en ayunas, el espectáculo de la sabrosa comida ante mis ojos era más de lo que un ser humano pudiera resistir.

A pesar de lo cual, aparté la fiambra con un ademán de la mano.

—Es usted perverso, Burnnett. Pero su «tercer grado» no le

valdrá de nada —dije.

Burnnett apoyó una pesada mano en mi hombro.

—¿Quieres decir que te niegas a colaborar conmigo? —preguntó con ferocidad.

Miré a mis compañeros.

—Me gustaría saber qué piensa hacer con nosotros una vez tenga el dinero en su poder —pronuncié, al tiempo que observaba su reacción.

Entrecerró los párpados, pero no respondió directamente a mi cuestión.

—¿Qué crees tú? —retrucó, burlón.

—Basta observarle para penetrar en sus pensamientos, teniente. Usted está dispuesto a quedarse con los cuatrocientos mil dólares del Banco¹ Shaft.

Burnnett dejó escapar una carcajada.

—Eres muy inteligente, chico. Supongamos que estás en lo cierto, que no voy a devolver el botín —contestó.

—¿Y después? ¿Qué va a hacer con nosotros? —interrogué.

Hizo un gesto vago con la mano izquierda. Frente a mí, Madison me vigilaba, atento, cubriéndome con su metralleta.

—Tal vez considerase la posibilidad de dejarlos escapar —dijo el teniente.

Brandon y Starkey me miraron, escépticos.

—No, Burnett —denegué—. Usted no piensa dejarnos libres. Sabe que si nos detienen posteriormente, seríamos interrogados. Y naturalmente tendríamos que confesar la verdad: que usted se quedó con el dinero...

—Sigue, chico —me animó Burnett. Todo eso es muy interesante.

—Poco queda por hablar. Sé lo que hará en cuanto tenga el dinero: nos asesinará. Dirá que intentamos huir y que... no tuvo otra solución que dispararnos por la espalda.

Burnnett aprobó mis palabras con un movimiento de cabeza.

—Entonces ya lo sabes —exclamó, brutal.

Deliberadamente me dio la espalda.

De un salto caí sobre él como recurso desesperado para escapar a la muerte.

Por desgracia, ni siquiera llegué a tocarle. Madison cayó sobre

mí y me abatió de un tremendo culatazo en la espalda.

Me revolqué en el suelo, gimiendo sordamente.

Burnnett me puso en pie y me empujó contra el capot del «Jeep».

—Eres un ingenuo, Max, si creíste que ibas a sorprenderme —gruñó, irónico—. Si lo que pretendes es que te mate a golpes, adelante. Madison se ocupará de ti: es un especialista en romper huesos.

Respiré entrecortadamente. Temía que el golpe de Madison me hubiera fracturado alguna costilla, tal vez la espina dorsal, a juzgar por el penetrante dolor que sentía en la espalda.

Juzgué que era temerario provocar a aquellos dos bestias y decidí ganar tiempo.

—Está bien. Le diré donde escondí el dinero —prometí. Pero la verdad es no tenía la menor idea del asunto.

—¿Dónde? —preguntó ávidamente Burnett.

—Debemos volver atrás, el saco está en la alcantarilla del badén más próximo en dirección a la ciudad —declaré.

Velozmente, Burnett me colocó un grillete en la mar no derecha y unió el otro a la izquierda.

Madison me obligó a subir al «Jeep» a empujones. E inmediatamente, entregó su metralleta al teniente y subió al vehículo.

La suerte estaba echada.

Disponíamos justamente de un kilómetro, minuto y medio. Noventa segundos transcurrirían antes de que Burnett descubriese que acababa, de mentirle.

Era preciso hacer algo, con urgencia.

Porque ahora ya no me cabía la menor duda de que Burnett nos liquidaría a los tres, tanto si obtenía el botín del Banco Shaft como si no.

Tenía una circunstancia a mi favor: estaba esposado, pero no me habían unido a Brandon y Starkey, lo cual me permitía cierta facilidad de movimientos.

Quise prevenir a mis compañeros cuando el «Jeep» remontó la colina y comenzó a descender a gran velocidad.

Pero Burnett nos vigilaba constantemente.

Aguardé en tensión, dispuesto a poner en práctica mi plan

desesperado.

No aproximábamos al badén.

Madison levantó el pie del acelerador y yo me puse en pie de un salto.

—¡Saltad, saltad! —grité a mis compañeros.

Sólo dudaron un segundo.

Brandon dio un fuerte codazo a Burnnett y la metralleta se le fue de las manos.

Inmediatamente salté sobre Burnnett, pasé mis brazos por encima de su cabeza y apreté su cuello con las esposas.

El conductor torció inconscientemente el volante y el vehículo saltó fuera de la carretera, rebotó en la cuneta y volcó aparatosamente.

Me vi proyectado en el aire, describí un arco en el vacío y caí de cabeza.

Sentí como un brusco estallido en el cráneo y perdí el conocimiento.

* * *

La camioneta se detuvo en el badén y una muchacha morena que vestía pantalones tejanos y un suéter azul muy ceñido descendió del vehículo.

Starkey que acababa de librarse de las esposas mediante la llave que acababa de arrebatar al inconsciente Madison, se volvió y la vio.

—Una maldita complicación —barbotó.

Y extrajo el revólver de Madison de su funda.

—¿Qué vas a hacer? —le atajó Brandon, demudado.

—Nada. Pero no podemos permitir que esa chica huya. Si la dejamos escapar tardará en hablar con la policía tanto tiempo como tarde en llegar a Atlantic City, ¿no lo comprendes?

—Tienes razón. Pero ¿qué podemos hacer con ella? —preguntó Brandon, preocupado.

—No lo sé. Pero si es necesario la llevaremos con nosotros. Esa chica ha aparecido en el momento más inoportuno, ¡maldita sea! —Gruñó Starkey.

—¿Y Max?

—Tal vez esté muerto —respondió su compañero, sombrío.

La chica permanecía en la cuneta, contemplando la extraña escena.

—¿Puedo ayudar en algo? —gritó—. ¡Aquí hay un hombre herido!

Starkey y Brandon corrieron en dirección al regato que cruzaba la carretera a través del tubo de la alcantarilla.

Yo yacía sobre el hilillo de agua. Tenía el rostro ensangrentado y no me moví cuando Brandon me tomó por los hombros y me depositó sobre la arena.

—Déjenme —suplicó la muchacha, que había descendido en pos de ellos.

Empapó un pañuelo en agua, me limpió el rostro y descubrió el corte sangrante bajo los cabellos.

—No es nada: apenas una herida de tres centímetros. Trataré de cortar la hemorragia —dijo la muchacha.

Starkey y Brandon se consultaron con la mirada.

—Ve a echar una ojeada a los dos «polis» —indicó Brandon—. Yo vigilaré a la chica.

—Ojalá se hayan roto los sesos —gruñó Starkey. Y se alejó.

El «Jeep» estaba volcado en una hondonada, a poco más de treinta metros.

Aunque sus guardabarros estaban abollados y el cristal parabrisas roto, las ruedas delanteras seguían girando en el aire y el motor funcionaba al ralentí.

Starkey quitó el contacto y el motor dejó de girar.

Bajo el «Jeep» estaba atrapado Madison.

—Por... por caridad —gimió al ver al preso—. ¡Quítame el coche de encima! ¡Tengo... tengo una pierna rota!

—Púdrete, cerdo —le escupió Starkey.

Burnnett yacía despatarrado, a unos pasos de distancia.

A juzgar por la inverosímil postura de su brazo derecho, Burnnett se lo había fracturado en la caída.

De entre sus ralos cabellos manaba sangre. Pero estaba vivo, aunque inconsciente, según pudo comprobar Starkey que, de paso, se apresuró a librarle del revólver que el policía guardaba en su funda sobaquera.

Volvió junto a Brandon y la chica, seguido por los gemidos

entrecortados del agente Madison, que se debatía en la hondonada en un inútil intento de librarse de la trampa que suponía el peso del «Jeep».

—Hemos de darnos prisa, Bob —dijo a Brandon—. Tenemos que largarnos antes de que pase algún automóvil y contemplen todo esto...

Se interrumpió al advertir que yo había vuelto en sí y me contemplaba con una expresión nueva.

—Así que salvaste el pellejo... —comentó Starkey, contemplándome fijamente.

—Eso... eso parece —sonreí débilmente—. ¿Quién... quién es la chica?

Ya se disponía a responder Starkey, cuando la muchacha se anticipó:

—Soy Mary Johnson. Mis padres poseen una granja a unos kilómetros de aquí. Vi el «Jeep» volcado y pensé que podría echarles una mano. Ahora...

—Ahora lo sabe todo —la interrumpió Starkey, brusco—. Ha visto como Bob y yo nos librábamos de las esposas y también el «Jeep» de la policía. Si la dejamos ir, nos denunciará.

Mary se mordió el labio inferior.

—¿Qué... qué piensan hacer conmigo? —inquirió, dirigiéndome una inquisitiva mirada.

—Venga con nosotros —respondí—. Le juro que no recibirá el menor daño y sólo la retendremos el tiempo indispensable para nuestra seguridad.

Me incorporé vacilante, y miré el «Jeep». Parecía hondamente preocupado cuando me volví a Starkey y pregunté:

—¿Burnnett, Madison...?

—Están vivos, aunque uno tiene un brazo roto y el otro una pierna fracturada. Madison está bajo el «Jeep», chillando como una rata atrapada en la trampa.

Caminé cuesta abajo, en dirección al vehículo volcado. Starkey y Brandon me siguieron, llevando ante ellos a Mary Johnson.

—¿Has visto? —susurró Starkey al oído de su camarada.

—¿Qué...?

—Max. Parece muy seguro de sí mismo ahora. Yo diría que... —
... ¡ha recuperado la memoria!

—Eso sospecho. Si lo que pretende es quedarse con el dinero, se arrepentirá. Vigílale, Bob. Tal vez trata de escapar.

Llegamos junto al «Jeep». Madison seguía gimiendo sordamente.

Entre los tres hombres y la mujer empujamos el coche. El «Jeep» rebotó sobre sus neumáticos y quedó en su postura normal.

Inmediatamente Starkey subió al vehículo y puso en marcha el motor. Brandon tomó por un brazo a Mary y la obligó a subir, mientras yo rodeaba el «Jeep» y hacía lo propio.

Starkey metió una velocidad y arrancó con precaución. Detrás de ellos, Madison se agitó en la hondonada.

—¿Es que nos vais a dejar aquí malheridos? —gimió.

—En la carretera hay una camioneta —indiqué—. Arrástrese hacia allá, póngala en marcha y conduzca hasta Atlantic City. Usted es un hábil conductor, Madison. Conseguirá ayuda.

—Pero... ¡no puedo llegar hasta la carretera con mi pierna rota! —protestó el policía, quejumbroso.

Starkey aceleró y el vehículo escaló la pendiente. Detrás quedaban las maldiciones, los reniegos y las amenazas de Madison, que se arrastraba ya lentamente cuesta arriba.

CAPÍTULO VIII

Fue como un fogonazo deslumbrante.

Abrí los ojos, contempló, asombrado, las bellas facciones de Mary Johnson y el rostro anguloso pero simpático de Bob Brandon.

Apenas tardé unos segundos en comprender que acababa de sucederme algo maravilloso... ¡había recuperado la memoria!

Ahora podía recordarlo nítidamente todo... ¡Todo!

Me dolía horriblemente la cabeza y la herida del cuero cabelludo me martirizaba con intensos latidos intermitentes. Pero el dolor no me importaba ahora.

En cuanto los recuerdos se agolparon crudamente en mi cerebro, mi primera sensación fue la de una intensa alegría de vivir.

¡Estaba vivo..., cuando en realidad debía llevar varios días muerto!

Todos botamos sobre nuestros asientos cuando el «Jeep» traspasó la cuneta y alcanzó el irregular firme de la carretera.

—Este cacharro no va bien —advirtió Starkey, poco después—. Apenas logra alcanzar los cuarenta kilómetros por hora.

—Tal vez debimos utilizar la camioneta de esta muchacha. Si no nos damos prisa en desaparecer, pronto tendremos a nuestra espalda a legiones de policías. ¿Por qué no volvemos a por la camioneta?

—No —denegué yo—. Madison está ansioso por capturarnos y es capaz de saltar a la pata coja con tal de alcanzar la camioneta. Probablemente a estas horas está ya camino de Atlantic City.

—Tanto peor —gruñó Starkey, inquieto—. Nos cazarán. Este cacharro no nos llevará a ninguna parte.

—Abandonemos la carretera y sigamos a campo través —propuse—. Si conseguimos cruzar esas colinas, alcanzaremos la

Autopista-Uno. No nos será difícil hacer *auto-stop* o robar otro coche.

Brandon me tomó bruscamente por un hombro.

—Dijiste que no conocías estos parajes... ¿Cuál es tu juego, Max? —exclamó, con desconfianza.

—¿Mi juego? Sólo sé que estoy tan involucrado en esto como vosotros. Si la policía nos coge, nadie me salvará de pasar una temporada en prisión...

—Entonces... ¿es que has recuperado la memoria? —preguntó Starkey, sin volverse.

Me disgustó mentirles, pero era necesario... por el momento.

—¡Ojalá! —respondí—. Pero recuerdo que estuve mirando un croquis del área de Atlantic City cuando Burnnett me interrogó a solas en su despacho. Por eso sé que la Autopista-Uno debe quedar al otro lado de esas colinas.

El «Jeep» escalaba con gran esfuerzo una pendiente.

—¿Qué hacemos, entonces? —exclamó Starkey, impaciente.

—Desvíate a la izquierda —sugerí—. Estoy seguro de que la policía nos buscará en las carreteras y perderán bastante tiempo antes de llegar a la deducción de que hemos escogido otro camino.

Starkey aflojó la marcha y se desvió. A partir de allí, el «Jeep» avanzó a campo través dando tumbos.

Miré a Mary Johnson.

Era muy joven y guapa.

¿Cuántos años tendría? ¿Dieciocho, veinte...?

Sus negros cabellos ondeaban al viento, brillantes y sedosos.

Pero sus juveniles facciones traslucían preocupación. Ciertamente que ninguno de nosotros la había hecho objeto de ninguna violencia, excepto la que suponía acompañarnos a la fuerza.

Ella me miró y debió adivinar en mi expresión la simpatía que yo sentía hacia ella, porque sonrió tristemente y se agitó, inquieta, sobre su duro asiento metálico.

—¿Hasta cuando... hasta cuando he de seguir con ustedes? —dijo—. Mis padres imaginarán que he tenido un accidente, cuando pase el tiempo y no me vean aparecer.

Sonreí, tratando de inspirarle confianza.

—Tranquílcese, Mary. Todo irá bien. La dejaremos ir libremente en cuanto lleguemos a la autopista y dispongamos de un vehículo

en que huir —prometí.

Mary se retorció nerviosamente las manos.

—Pero ese policía, Madison, me vio en compañía de ustedes. Declarará que les ayudé... Todo eso me traerá complicaciones —dijo.

Era cierto. Y experimenté cierto remordimiento por eso. Pero yo estaba en disposición de poner las cosas en su lugar y estaba dispuesto a hacerlo.

—No se preocupe. Todo se arreglará. Por otra parte, le bastaría con decir que la obligamos, amenazándola con un revólver —argüí.

—Pero tampoco respondería a la verdad —dijo ella valientemente.

Callamos.

El sol apretaba de firme y el «Jeep» dejaba una gran polvareda rojiza a nuestras espaldas.

Ascendíamos una pedregosa pendiente cuando se oyó un crujido bajo nuestros pies.

—¿Qué ha sido eso? —pregunté.

Starkey pronunció una gruesa palabrota.

—Hemos golpeado el cárter contra algún peñasco —respondió.

Media hora después, el vapor rugía, silbante, bajo el capot del coche. Finalmente, el «Jeep» se detuvo.

—¡Ya está! —Gruñó Starkey, colérico—. El motor se ha gripado. Posiblemente, el cárter se rajó cuando tropezamos con aquel pedrusco y el aceite se ha ido vertiendo por el camino.

Nos apeamos y comprobamos que era cierto: un fino chorro de aceite goteaba aún desde el cárter.

Nos miramos los tres, conscientes del peligro que nos amenazaba. Ahora tendríamos que avanzar a pie bajo el sol abrasador, a través de los riscos y los espinosos matorrales que salpicaban el abrupto terreno.

—Fue un tremendo error —dije. Y me puse en camino, pendiente arriba.

—¿Qué clase de error? —dijo Brandon, poniéndose a mi altura.

—El atraco al Banco Shaft —respondí—. ¿No había otro camino para orientar vuestras dificultades? Sois dos hombres fuertes, capaces, todavía jóvenes. Disponíais de muchas posibilidades de salir adelante, sin llegar a cometer un delito.

—¡No me vengas con sermones, ahora! —rugió Brandon, rabioso —. Posiblemente, tú jamás te has visto en dificultades.

Sonreía para mis adentros. ¡Si Bob pudiera saber...!

En el fondo, ni Starkey ni Brandon eran unos desalmados.

Sé que Starkey había estado a punto de matar a Madison cuando pusimos el «Jeep» sobre sus cuatro ruedas. Por un momento, su mano derecha se había tensado sobre el revólver. Starkey me miró y sus músculos se relajaron: había superado la gran prueba.

No eran malos hombres. Ciertamente se habían visto relegados y marginados por la sociedad y que ambos habían tenido que enfrentar graves problemas personales o familiares, pero aún poseían cualidades humanas suficientes y las habían demostrado ante mí.

Comprendí que era preciso ayudarles, ya que, en caso contrario, ambos se convertirían en auténticos delincuentes y tendrían un final verdaderamente dramático.

Me detuve en lo alto de la cima y me volví hacia ellos.

Mary ascendió fácilmente, pero Starkey y Brandon jadeaban.

—¿Podrías guardarme un secreto? —exclamé de improviso.

Me miraron con curiosidad. Quizá sospechasen que el ardiente sol que caía sobre nuestras descubiertas cabezas me había trastornado.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Brandon, estupefacto.

—Debo confesar que he recuperado la memoria —declaré.

Advertí que los músculos faciales de Starkey se crispaban.

—Explícate —demandó.

—Lo recuerdo todo con nitidez —confesé—. Ahora sé que no me llamo Max Smith, sino George Covington.

Starkey se abalanzó sobre mí y me aferró por las solapas.

—Si lo recuerdas todo —silabeó con furia contenida—, podrás decirnos ahora mismo dónde pusiste el saco con los cuatrocientos mil dólares.

Me libré de sus manos con un ademán enérgico.

—Es cierto —conviene—. Podría decirnos dónde está el dinero. Pero hay algo que me interesa mucho más.

—Ah, ¿sí? —bufó Starkey—. Supongo que pretendes quedarte con todo el botín para ti.

Vi que su mano bajaba a la cintura y se apoyaba sobre el

revólver que mantenía bajo el cinturón.

—No necesito quedarme con ese dinero —respondí—. En realidad, no me hace falta. En cuanto al botín, lo devolveremos, a su tiempo, a su legítimo propietario: el Banco Shaft.

Las facciones de Starkey se nublaron. Súbitamente, sus manos apresaron mi garganta y los dos nos revolcamos sobre el polvo.

—¡Maldita sea tu estampa, Max o cómo diablos quieras llamarte! ¡No voy a permitir que...!

Brandon le aferró por los hombros y le separó violentamente de mí.

—Tranquilízate, Dan —le aconsejó Bob, sin soltarle—. Deja que Max se explique. Es decir, George.

Respiré jadeante.

Starkey tenía unos dedos duros como el acero, a juzgar por el dolor de mi garganta.

A irnos pasos de distancia, Mary nos contemplaba, desfavorida.

—Anda, explícate —murmuró Starkey, mordiendo las palabras.

—Dije que me interesaba algo más que el botín del Banco Shaft. Y es verdad. Lo más importante ahora es salvar la vida. ¿O ignoráis que en cuanto la policía nos descubra tirará a matar contra nosotros? Después...

—¿Después, qué? —quiso saber Brandon, que me miraba con extraña expresión, entre admirado y receloso.

—Puedo ayudaros y quiero hacerlo. Vosotros intentasteis inútilmente encontrar un empleo estable y bien remunerado, ¿no es cierto? Me pregunto una cosa... ¿cuánto daríais ahora por veros libres de culpa y ver encerrados y procesados a Burnnett y Madison?

La expresión de Brandon se animó un instante. Pero enseguida el desánimo volvió a apoderarse de él.

—Eso es imposible. Hemos cometido un atraco, la policía tiene nuestros nombres y descripciones... Nos perseguirán como a lobos rabiosos. Sólo tú podrías escapar, si es cierto que tu nombre es George Covington y dispones de buenos abogados. La verdad es que tú no eres culpable. Parecías drogado, atontado, cuando te recogimos en la carretera, pero nosotros... ¡No! ¡No podríamos salir de ésta! —exclamó, desalentado.

—Yo os aseguro que sí. Pero tenéis que confiar en mí. Además...

—¿Qué? —inquirió Bob, esperanzado.

—También yo tengo problemas, aunque no sean de la misma índole que los vuestros. Por tanto, os propongo un pacto vosotros me ayudaréis a mí y yo conseguiré libraros a vosotros.

—No entiendo una palabra —confesó Starkey, rehuendo la mirada.

—Supongo que habéis oído hablar alguna vez de la Covington International Co..., —dije.

—¿La Agencia Internacional de Detectives? —exclamó Brandon—. ¡Y quién no...! La Covington posee agencias en las grandes ciudades de este país. Y en Europa, África, Australia, Sudamérica...

—Yo soy el presidente de la Covington International —declaré.

—¡Está soñando! —clamó Starkey, impaciente—. O tal vez trata de engañarnos. Pero no voy a permitirselo.

Le miré fijamente.

Dan había sacado el revólver y me encañonaba. Sus ojos tenían un destello furioso, decidido.

Me encogí de hombros.

—Dispara —invité—. Dispara, si con ello eres capaz de desahogar toda tu rabia. Pero con ello solo habrás conseguido convertirte en un asesino.

Starkey frunció los labios, dejó escapar un estertor del pecho y... devolvió el revólver a la cintura con ademán colérico.

—Al diablo —murmuró—. Creo que todos estamos locos.

—¡Callad! —ordenó Brandon—. He oído algo.

Permanecemos en silencio.

Y enseguida un lejano zumbido fue captado por nuestros oídos.

Unos segundos después, un helicóptero apareció sobre la cima de las distantes colinas.

—No habíamos pensado en ello —exclamé—. Será mejor que descendamos de aquí y nos ocultemos en el fondo de esa vaguada. ¡Es un helicóptero de la policía!

Corrimos cuesta abajo.

De repente, Mary dejó escapar un gemido y cayó rodando sobre los ásperos matorros.

—¿Qué te pasa? —pregunté, inclinado sobre ella—. ¿Te hiciste daño?

—¡El tobillo! —gimió—. ¡Me he torcido el tobillo izquierdo!

El zumbido del helicóptero indicaba que el aparato se acercaba veloz hacia nosotros.

—¡Vamos! ¡Incorpórate! —grité—. Yo te ayudaré.

Mary se puso en pie, animosa. Pero apenas hubo dado dos pasos, su pierna izquierda falló y hubiera vuelto a caer si yo no la hubiera tomado en brazos.

Corrí, jadeante, hacia abajo.

Tropecé en los guijarros que cubrían la ladera y caímos en confuso revoltijo.

Miré hacia lo alto. El helicóptero estaba muy próximo. En su fuselaje podían leerse las palabras Pólice Department.

Apenas tuve tiempo para arrastrar per un brazo a la chica y reptar hasta un arbusto reseco.

Allí, acurrucados juntos, aguardamos.

Fue un momento de insufrible tensión. En verdad, de un momento a otro esperaba escuchar el trepidante tableteo de una metralleta.

Imaginé a Mary —inocente en aquel asunto—, alcanzada por las balas, sangrante, muerta... Y me estremecí.

Ella pareció un tanto sorprendida cuando la abracé y la cubrí con mi cuerpo, pero permaneció absolutamente inmóvil.

Luego, bruscamente, el zumbido del helicóptero se alejó.

Probablemente, habían hallado desde lo alto el «Jeep» de Burnnett y aquella circunstancia nos permitiría un respiro.

Pero aunque ello nos concediera algún tiempo de ventaja sobre la policía, ¿adónde podríamos ir con Mary en brazos?

—¿Qué esperáis? —gritó Starkey, escondido entre unos peñascos, más abajo—. ¡Vamos, moveos! ¡Es preciso huir!

Miré a Mary, temblorosa, entre mis brazos.

—Creo que tendré que dejarte, Mary —dije, emocionado—. Contigo en brazos, no conseguiremos escapar. Quédate aquí, la policía te recogerá.

Pero ella se apresuró a negar.

—No quiero quedarme sola en este lugar. Si quieres montaré a tu espalda. Así te será más fácil llevarme —me propuso.

Asentí. Y ella montó sobre mí.

Corrí hacia abajo, maravillado de lo liviano que parecía su peso ahora.

CAPÍTULO IX

Starkey se detuvo bruscamente cuando iniciábamos por enésima vez una de las empinadas laderas.

—¡Allí! ¡Mirad! —gritó.

Señalaba a la izquierda, hacia la profunda vaguada que serpenteaba entre las colinas, hacia el sur.

A poco más de un kilómetro de distancia, distinguí tres explanadas como tablas escalonadas.

En la lejanía, destacaban poderosamente las manchas amarillas de varias máquinas de las utilizadas en la remoción de tierras.

—Parece un complejo deportivo —añadió Starkey.

—No estarás pensando ahora en ponerte a jugar al tenis —comentó Brandon, sin pizca de alegría.

—No seas palurdo, Bob. Las máquinas están paradas porque, probablemente, los obreros han ido a almorzar —imaginó Dan—. ¿Qué hora es?

—No lo sé —respondió Branden—. El canalla de Burnnett se quedó con mi reloj.

—Es igual —decidí—. Creo que es nuestra última esperanza, antes de que el helicóptero vuelva y nos descubra. Corramos hacia allá.

Tornamos a ponemos en marcha.

La caminata, con Mary a cuestas, me dejaba sin aliento e inundaba mi cuerpo de sudor.

A pesar de lo cual, finalmente conseguimos alcanzar las pistas de tierra.

No había ningún vehículo ligero, sólo tres pesadas máquinas bull-dozers.

—¡Eh, venid! —gritó Brandon.

Llegué hasta una poderosa máquina sobre orugas y dejé a Mary en el suelo.

—¿Qué ocurre pregunté?

Bob señaló un arcén metálico. Dentro de él había media docena de cascos de plástico y otros tantos monos de trabajo.

—Buena idea —aprobó, esperanzado—. Si todos nos vestimos con esos monos y, nos cubrimos con los cascos de seguridad, es posible que los del helicóptero, si nos descubren, nos tomen por obreros.

Con toda urgencia, nos pusimos los trajes de trabajo, sobre nuestras ropas, incluida Mary.

Starkey se había subido ya sobre el tractor y ponía el motor en marcha.

Subimos todos y el vehículo se puso pesadamente en marcha.

Abandonamos las pistas deportivas en construcción y descendimos por un camino de tierra.

El poderoso motor del tractor zumbaba de forma horrisona, a pesar de lo cual apenas avanzábamos a diez kilómetros por hora.

Pero al menos corría más que nosotros a pie y me libraba del peso de Mary, que, aunque liviano, me había agotado casi por completo.

Habríamos avanzado unos tres kilómetros cuando apareció el helicóptero sobre nuestras cabezas.

—¡Agáchate! —ordené a Mary—. Esos de arriba pueden comenzar a hacer deducciones si ven a cuatro personas sobre la máquina... cuando normalmente basta un conductor para uno de estos tractores.

Mary se ocultó bajo el asiento del conductor y yo mismo plegué mis largas piernas y me acurruqué bajo el corpachón de Bob Brandon.

—Están observándonos —advirtió Starkey, tenso—. El aparato se ha detenido en el aire y nos vigilan. ¿Qué... qué hacemos?

—Sigue adelante sin vacilaciones. Aunque dispongan de unos prismáticos, el mono y tu casco bastan para ocultar tus facciones... ¡No dudes! ¡Sigue adelante! —grité para hacerme oír por encima del estruendo del motor.

Durante doscientos metros, el helicóptero permaneció colgado en el aire, sobre nuestras cabezas.

Finalmente se oyó el fragoso batir de las palabras de su hélice y ascendió y se alejó.

Suspiré hondo. Pero Mary y yo permanecemos inmóviles en nuestra incómoda postura hasta que el tractor se detuvo muy cerca de la Autopista-Uno.

—Creo que hay un restaurante de carretera al otro lado de la autopista —informó Starkey.

—Y si hay un restaurante..., habrá también comida, Y automóviles —comentó Bob, ávido.

—Y teléfono —completé yo—. No os quitéis los monos ni los cascos; es un excelente disfraz para pasar desapercibidos.

Salté a tierra, tomé a Mary en mis brazos y nos alejamos hacia la autopista seguidos de nuestros camaradas.

Caminábamos derrengados, al borde de nuestra resistencia, pues llevábamos más de cincuenta horas en ayunas y habíamos cubierto una larga y salvaje caminata.

Cruzamos la autopista por el paso elevado de servicio del restaurante y cruzamos la zona de aparcamiento.

—Un hermoso cacharro —murmuró Starkey, que se había detenido junto a un gran «Buick»—. Su dueño se ha dejado puesta la llave de contacto.

—Olvídalo —dije—. Nos iríamos muy lejos en un coche robado. Lo que más nos interesa es pasar desapercibidos.

—Pero..., ¡estás loco! ¿Cómo piensas huir? —exclamó Brandon.

—Yo me ocuparé de eso —afirmé—. ¿Tenéis unas monedas? Tengo que hacer una llamada telefónica.

Brandon y Starkey abrieron sus manos y registraron sus bolsillos. Pero era inútil: Burnnett se había quedado con todas sus pertenencias.

Mary sacó un pequeño monedero y me lo entregó.

—Sólo hay tres dólares —dijo tímidamente.

Me sentí emocionado... aunque sólo fueran tres dólares. Acaricié fugazmente su mejilla y dije:

—Esperadme aquí. Volveré enseguida.

Me dirigí hacia el edificio situado en medio de una frondosa alameda.

Era un restaurante muy lujoso y se llamaba Red Inn. Un cartel a la puerta anunciaba que había cabinas en alquiler y que se prohibía

la entrada a perros y otros animales.

Un portero me detuvo a la puerta.

—Lo siento, amigo —dijo apoyando su manaza en mi pecho—. No puede entrar con... ese aspecto —señalaba mi mono manchado de yeso.

—Lo sé, pero se trata de un asunto urgente. Una máquina ha atrapado a uno de mis compañeros y casi le ha desgajado un brazo. Necesitamos un médico. Sólo necesito hablar por teléfono.

El hombretón pareció enternecerse. Y finalmente me tomó por un brazo.

—En ese caso... Venga conmigo. Yo le guiaré.

Me llevó hasta una cabina telefónica, pero aguardó fuera sin perderme de vista.

Introduje unas monedas en el aparato y marqué un número.

—¿Eres tú, Mike? —pregunté cuando hubieron descolgado al otro lado del hilo.

—¿Quién llama?

—¿Es que no reconoces mi voz? Soy George Covington.

—¡George! —Se atragantó mi interlocutor—. ¡Dios santo, no es posible!

—¿Qué es lo que no es posible? ¿Que esté vivo? Escucha, Mike: comprendo tu asombro, pero sólo yo conozco el número de tu teléfono privado. ¿Te convences ahora?

A través del hilo llegó un suspiro hondo.

—Supongo que sí... Pero ¿sabes que todos te dábamos por muerto? Encontraron tu avioneta destrozada a unos pocos kilómetros de Atlanta City. Como habías huido del Sanatorio y los enfermos dijeron que habías tenido un tremendo ataque epiléptico, supusimos que habías cometido algo irreparable.

—¿Como arrojarme de la avioneta sin paracaídas? —exclamé, irónico.

—Eso fue exactamente lo que imaginamos. Tu esposa, Richard y yo mismo, nos presentamos en el lugar donde se había estrellado la avioneta, parcialmente destrozada. Aunque la policía registró los alrededores, no fue posible encontrar tu cuerpo. ¿Que podíamos imaginar, sino que te habías arrojado al vacío sin paracaídas? —explicó Mike.

—Claro, claro —respondí, con una pizca de humor—. Pero

ahora ya sabes que estoy vivo. Y necesito verte cuanto antes, Mike. Urgentemente. Mi vida y la de dos amigos está en peligro.

Mike tardó en responder:

—Escucha, George..., ¿no sería mejor que acudieras rápidamente a un médico? Tu cabeza...

—Mi mente está más lúcida que nunca, querido amigo. En realidad, jamás he estado loco, pero sí hubo alguien que trató de hacerlo parecer así. Pero todo lo sabrás muy pronto. No puedo perder el tiempo ahora, Mike. Sólo necesito tu ayuda.

Tuve que introducir apresuradamente nuevas monedas porque el aparato acababa de engullir las que yo había depositado antes.

—No te expresas como un loco, en efecto —decidió Mike—. ¿Qué es lo que necesitas?

—Algún dinero, en primer lugar. Me encuentro en la Red Inn, un restaurante-motel a pocos kilómetros de Camden, en la Autopista-Uno. Cuando yo cuelgue, deberás llamar por teléfono a este lugar. Da mi descripción y di que estaré esperando fuera.

—De acuerdo. Te enviaré cinco mil dólares. ¿Es suficiente?

—Sí. Pero necesito algo más. Trae uno de mis coches a la Red Inn. Voy a alquilar una cabina en cuanto arregles lo del dinero con el director del restaurante. Sólo tienes que venir hasta aquí y preguntar por el número de mi cabina. Tendrás oportunidad de saber muchas cosas que te asombrarán.

—Bien. ¿Algo más?

—Nada más. Te estaré esperando, Mike.

—Estaré ahí dentro de un par de horas —prometió mi amigo.

Abandoné la cabina y dije al portero:

—Alguien preguntará por mí dentro de unos minutos, amigo. Me llamo George Covington.

Salí, acompañado por el portero que me escoltó hasta el exterior.

Tras del apareamiento me reuní con Brandon, Starkey y la chica. Mis compañeros me dirigieron una ansiosa e inquisitiva mirada.

—¿Qué? —inquirió Brandon.

Sonreí, desfallecido.

—Un pajarito va a traernos, desde Nueva York, dinero suficiente para encargar una buena comida en una de esas cabinas —dije, señalando las casitas diseminadas entre los árboles.

—Deliras, camarada —respondió Bob.

Starkey me dirigió una mirada de profunda desconfianza.

—No me extrañaría que George hubiera llamado a la policía —gruñó—. Pero te prevengo, si tratas de jugarnos una mala pasada, tú serás el primero en caer. No olvides que tengo el revólver.

Moví la cabeza con pesar.

—Aún no te fías de mí, Dan —dije—. Sin embargo, pronto comprobarás que sólo trato de poneros a salvo.

Apoyada en el tronco de un árbol, Mary se masajeaba suavemente el tobillo.

—¿Cómo va eso? —pregunté, aproximándome a ella.

—Bah, apenas duele ya —sonrió. Pero pude advertir que el tobillo estaba bastante hinchado.

—Me ocuparé de ti cuando hayamos almorzado —le prometí. Y añadí—: Lamento haberte complicado en este fastidioso asunto. Pero todo se arreglará.

Ella apoyó una mano sobre mi brazo.

—Estoy segura —susurró Mary, sosteniendo mi mirada.

Sentí ganas de besarla en los frescos labios, pero me contuve: al fin y al cabo, aunque una fuerza extraña me impulsaba hacia Mary, yo era un hombre casado, enamorado de su esposa.

En aquel momento, sonaron unos pasos próximos.

—¡Señor Covington!

Era el imponente portero del restaurante, que miraba a todas partes, extrañado de no encontrarme.

—¡Escondeos! —Advertí a mis compañeros. Y doblé la esquina del edificio.

—¡Ah, está ahí! —exclamó el portero—. El director quiere verle. Acompañeme, por favor.

—¿No cree que desentonaré con..., este aspecto?... —me burlé.

—Oh, no —respondió el hombre con toda cachaza—. Entraremos por la puerta de Servicio.

Volví junto a mis camaradas pocos minutos después.

Llevaba la llave de la cabina número doce en una mano y... un fajo de billetes de cien dólares en la otra.

—Aladino y la Lámpara Maravillosa —comentó Brandon cuando les mostré ambas cosas.

CAPÍTULO X

Mike Huxley penetró en la cabina a las cuatro de la tarde, poco después de que Brandon, Starkey, Mary y yo terminásemos nuestro abundante almuerzo, regado con excelentes vinos de California.

Cuando alguien golpeó en la puerta, Starkey se alzó de un brinco con el revólver en la mano.

—Calma —traté de tranquilizarles—. Guarda esa arma.

Fui hasta la puerta, miré a través de la mirilla y abrí.

Mike no me reconoció en el primer momento, bajo mi atavío de obrero de la construcción.

Pero en cuanto me quité el casco se fundió conmigo en un abrazo.

—¡George! —exclamó—. ¿Puedes..., puedes creerme si te digo que me siento muy feliz sabiendo que... estás vivo?

—Te creo, Mike —respondí—. Sin embargo, hay una persona que va a sentirse muy intranquila en cuanto sepa que aún respiro.

Cambiamos unas breves palabras y le presenté a mis amigos, que aguardaban en el *living*, un tanto intranquilos.

Luego Mike me llevó aparte.

—Dijiste que necesitabas algo más de mí, George... —dijo.

—Sí. Quiero que vayas al

Aero-Club

de Camden y alquiles una avioneta a mi nombre. De paso, puedes llevarte a Mary Johnson, la chica que nos acompaña. ¿Trajiste la maleta?

—Está, en el coche. Aguarda un segundo. Iré a por ella.

Salió y volvió enseguida.

Entonces me acerqué a Mary y temé sus manos.

—Mi amigo te llevará a Atlantic City. Creo que debes acudir a la

policía y presentar una denuncia. De esa forma, tu responsabilidad estará cubierta. No voy a pedirte que mientas por nosotros, puesto que por nuestra causa has corrido un serio peligro. Di toda la verdad, si quieres. En cualquier caso, cuando la policía llegue aquí, nosotros habremos volado —expliqué.

Ella me dirigió una húmeda mirada.

—Cúidate esa herida de la cabeza, George —murmuró—. Podría infectarse.

—Así lo haré. Siento haberte causado problemas —dije, sincero.

—No es nada. En la granja me aburro soberanamente. A fin de cuentas, todo esto no habrá sido sino una pequeña aventura que recordaré durante mucho tiempo.

Había unas deliciosas chispitas en sus ojos, pero sus manos temblaban.

—¿Volveremos a vernos algún día, George? —preguntó cuándo ya Mike la tomaba por un brazo.

—Puedes estar segura de ello, Mary. Tal vez, muy pronto —respondí.

De repente, ella se volvió a mí y me besó en los labios. Fue una caricia fugaz, casi impalpable, pero que dejó un regusto dulce en mis labios.

Fui a decir algo, pero Mary y mi amigo habían salido ya. Un segundo más tarde se oyó el suave zumbido del escape.

Starkey encendió un cigarrillo y me miró malhumorado.

—Veo que llevas muy bien las cosas. Pero has cometido un tremendo error: esa chica puede denunciarnos en cuanto llegue a Atlantic City —dijo.

—Estoy seguro de que Mary dirá la verdad a la policía, pero no nos pondrá en peligro. Por otra parte, dentro de unos minutos estaremos lejos de aquí —respondí, serenamente.

El camarero llegó poco después para recoger el servicio. Le pagué, añadí veinte dólares de propina y le rogué que llamase un taxi y le hiciese llegar hasta la cabina número doce.

Cuando el hombre hubo salido, puse la maleta sobre la mesa.

—¿Qué hay ahí? —preguntó Brandon, curioso.

—¡Nuestros cuatrocientos mil dólares! —exclamó Starkey, esperanzado.

—Nada de eso —sonreí. Y mostré su contenido—. Ropas nuevas,

limpias y frescas. Y algo más. Tres estupendas pelucas para presentar un aspecto muy distinto. Miradlas.

Por primera vez les vi sonreír. Y juro, que incluso parecían mejores personas con la sonrisa en los labios.

Cambiamos nuestras sudadas ropas por las nuevas. Luego peinamos nuestros cabellos hacia atrás y nos colocamos las pelucas «moda Afro».

Starkey me tomó por un brazo sin violencia.

—Escucha, George: te juzgué mal. Veo que eres un hombre como es debido y te pido disculpas. Pero... Ya que tenemos algún dinero, ropa nueva, y vamos a disponer de un coche, ¿por qué no vamos a recoger nuestro dinero? —propuso.

Sonreí comprensivo.

—Hicimos un trato, ¿no es así? Pues cumplámoslo todos. Por otra parte, el botín del Banco Shaft supone una garantía: la que de muy pronto la policía retirará sus cargos sobre vosotros por ese atraco —dije.

—Está bien —gruñó Dan, disgustado—. Pero sigo sin entender una palabra.

—Yo confío en Max. Es decir, en George —declaró Brandon. Y me sentí satisfecho de haber decidido ayudarles a salir de su comprometida situación.

El taxi llegó ante la cabina. Brandon arrojaba nuestras ropas per la ventana trasera.

Calimos y nos acomodamos en el automóvil.

—Aero-Club de Camden —indiqué al conductor—. Tendrá cincuenta dólares de propina si aprieta el acelerador a fondo.

Debió tomarse tan a pecho mi oferta, que dio marcha atrás con tanta urgencia que nuestras espaldas golpearon violentamente sobre los respaldos.

El taxi descendió hasta la autopista.

El alarido de una sirena nos hizo volver la cabeza atrás rápidamente. A tiempo, sin duda, de ver desviarse a un autopatrulla de Atlantic City.

¡Y en el asiento próximo al conductor viajaba el teniente Burnnett, el brazo derecho enyesado...!

—Confiaste demasiado en esa chica, George —comentó Starkey, ácido.

—¿A qué te refieres? —quiso saber.

—¿A qué puede ser? Mary Johnson se ha dado buena prisa en «chivarse» a la policía —exclamó.

Afortunadamente, el cristal de separación impedía que el taxista pudiera escuchar sus reniegos.

—Dan tiene razón, George —le apoyó Bob—. Si llegamos a esperar dos minutos más, Burnnett nos hubiera cazado como a tres pajaritos.

Sentí como si una mano helada oprimiera mi corazón.

Pero inmediatamente consulté el reloj que Mike Huxley me había prestado y sonreí.

—Sois unos malditos desconfiados y lo seréis hasta el último día de vuestra vida. Es imposible que Mary nos denunciase: hace dieciocho minutos que Mike se la llevó. Hasta Atlantic City hay más de media hora de viaje, incluso a alta velocidad —expliqué, triunfante.

Dan y Bob callaron como zorros, quizá arrepentidos de sus palabras.

Starkey, que avizoraba hacia atrás, se volvió de un respingo y aferró mi brazo con fuerza.

—Tenías razón, una vez más —susurró a mi oído—. ¡He visto cómo Burnnett descendía del coche y un camarero acudía a su encuentro y señalaba hacia acá! Fue el tipo que nos sirvió la comida. El debió telefonear a Burnnett.

—Si es así, no lo entiendo —dijo como si hablase consigo mismo—. ¿Cómo pudo reconocemos ese tipo, si no nos había visto jamás?

—Quizá sí os ha visto —repuse—. Decidme una cosa..., ¿estáis fichados por la policía?

Curiosamente, los dos desviaron la mirada, como avergonzados.

—Bueno, quizá sí —respondió Brandon, al cabo—. Pequeñas cosas: un altercado de taberna o algo semejante. Pero es cierto, sí: estamos fichados.

—Ésa es la explicación, amigos míos —pronuncié, irónico—. Burnnett envió vuestras fotos a la Televisión, el camarero vio vuestros rostros y...

Starkey se volvió hacia atrás y rebotó sobre el asiento.

—Más vale que ofrezcas otros cincuenta dólares al conductor, George —exclamó, inquieto—. ¡Porque Burnnett viene en pos de

nosotros!

Tomé el micrófono extensible, lo conecté e hice lo que Dan acababa de insinuarme.

El taxista en cuanto me oyó pronunciar las palabras «cien dólares», apretó los dientes y pisó aún más el acelerador, con lo cual la aguja del velocímetro ascendió como por arte de magia a ciento ochenta kilómetros por hora.

Poco después, el conductor comentó a través del altavoz trasero:

—Me ha parecido oír una sirena a nuestras espaldas, señor...

—No se preocupe, amigo. Es la policía. Está claro que le pondrán una buena multa por exceso de velocidad, pero no tema, yo la pagaré —prometí.

—Pero yo...

—Doscientos dólares —pronuncié, con la mejor de mis sonrisas en los labios.

El taxista calló como un muerto y dedicó toda su atención a la autopista.

Cuando el taxi se desvió a la derecha para tomar el cuidado camino que llevaba al

Aero-Club

de Camden, el automóvil de Burnnett estaba ya apenas a seiscientos metros de distancia.

Por fortuna, poco antes de tomar la desviación, acabábamos de adelantar a un gran camión articulado, que nos ocultó durante unos segundos a la vista del policía que conducía el coche-patrulla, con lo cual el automóvil de la policía rebasó la desviación y hubo de volver al cruce marcha atrás.

Entretanto, nuestro taxi había tomado una considerable ventaja.

—¿Adónde vamos? —me preguntó Brandon, estupefacto, cuando penetramos en terrenos del

Aero-Club.

Me sentía alegre, a pesar de nuestra precaria situación. Y no pude contener la sonrisa.

—Las carreteras son peligrosas, amigos míos. Si queremos ponernos a salvo, es preferible viajar por los aires —comenté—. De forma que encargué a Mike que alquilase una avioneta.

—Pero ¿quién la va a pilotar? —preguntó Starkey, inquieto.

—Yo, naturalmente, puesto que vosotros no servisteis en las

Fuerzas Aéreas —respondí.

El taxi tuvo que frenar ante la cabina que daba acceso a las pistas.

—Soy George Covington —dije al vigilante—. Mi secretario acaba de alquilar una avioneta a mi nombre.

—Ah, sí, señor Covington —repuso el hombre tras consultar un fichero—. Su aparato está esperándole en la pista dos. Pueden pasar.

La barrera se alzó y nuestro coche rodó sobre el pavimento de hormigón en dirección a las pistas.

Bajamos junto a una preciosa «Piper Cub» de dos motores y puse en las manos del taxista tres billetes de cien dólares.

Un mecánico vino a nuestro encuentro.

—Soy Covington —anuncié—. ¿Podemos despegar?

—Cuando guste, señor Covington —respondió el hombre, tendiéndome el casco—. Buen viaje.

Brandon y Starkey permanecían inmóviles, como paralizados.

Pero en cuanto oyeron zumbar el motor de la potente avioneta, miraron hacia atrás y vieron el coche de Burnnett que frenaba bruscamente ante la cabina de control, se apresuraron a subir.

—¿Estás... estás seguro de que sabes llevar este cacharro? —murmuró Bob, aterrado.

—Eso espero —respondí—. Aunque en realidad sólo recibí unas cuantas lecciones... por correspondencia.

Enfilé la pista dos, tras recibir autorización de la torre. Entonces me volví hacia atrás y miré a mis compañeros.

Permanecían arrugados sobre sus asientos y sus rostros estaban tan pálidos que prorrumpí en una estruendosa carcajada.

CAPÍTULO XI

La «Piper Cub», dotada de fletadores y ruedas, amerizó suavemente sobre la superficie del lago Placid.

—Te has burlado de nosotros, George —gruñó Starkey—. Me hiciste pasar un mal rato cuando despegamos en Camden.

—Te lo merecías —bromeé—. También yo lo pasé mal cuando me encañonaste con ese revólver en Shurry Hills.

—Lo siento. Te juzgué mal —admitió con nobleza.

—Olvidaos de eso —terció Brandon—. ¿Dónde infiernos nos has traído, George?

El avión se deslizaba veloz sobre las aguas en dirección al amarradero.

—No es el infierno, Bob —respondí—. Esto es el paraíso. Estamos en el Lake Placid, al pie de las montañas Adirondack.

El avión se detuvo al pie del amarradero, donde aguardaba un mecánico que vino enseguida junto a nosotros en una lancha.

La «Piper» fue sujeta por un cabo y el piloto subió a bordo.

—Su coche está esperando junto al refugio, señor Covington —advirtió el hombre.

Le di las gracias y pasamos a la embarcación, que nos condujo rápidamente a tierra.

Guíé a Brandon y a Starkey hasta el refugio.

Jackson, uno de mis empleados, nos salió al encuentro.

—Bien venido, señor Covington. Vine en cuanto me avisó míster Huxley —saludó, ceremonioso.

Por el rabillo del ojo, advertí que Dan y Bob se quedaban pasmados de asombro.

—Ah, Jackson —dije—. Éstos son mis amigos, el señor Starkey y el señor Brandon. Pasarán unos días conmigo en la casa de las

montañas.

Jackson se inclinó levemente en respetuoso saludo, lo que vino a aumentar aún más la turbación de mis dos camaradas.

Mi «Cadillac» estaba estacionado tras el refugio. Nos acomodamos en su interior y Jackson arrancó.

Brandon silbó quedamente y golpeó a Starkey en el hombro.

—Compañero —susurró—, empiezo a convencerme de que George dijo la verdad cuando declaró que era el presidente de la Covington International.

La risa me retozaba en el cuerpo cuando abandonamos la zona del parque y mi coche comenzó a escalar la montaña.

El sol estaba ocultándose tras los altos picachos de las Adirondack cuantío ascendimos el último tramo del camino que llevaba hasta mi refugio.

—Ésta es mi «choza», amigos —comenté, festivo, cuando el coche se hubo detenido ante la escalinata de piedra sin labrar.

Brandon y Starkey contemplaban, mudos de asombro, la preciosa casa que mi padre me legara pocos meses antes.

—¡Menuda choza...! —exclamó Brandon, fascinado. Pero enmudeció cuando Jackson se inclinó y aguardó con la puerta abierta.

Nos apeamos y ascendimos los peldaños, mientras Jackson llevaba el coche a garaje.

En el amplio mirador elevado, mis camaradas quedaron en silencio, contemplando el panorama.

Yo mismo permanecí ensimismado en la contemplación del inmenso valle, bañado por los últimos rayos de un sol rojizo, esplendente.

Finalmente penetramos en la casa. Mis amigos lo contemplaban todo con los ojos muy abiertos y cuchicheaban entre sí, asombrados.

Subimos al piso superior —una especie de confortable buhardilla bien amueblada— y les mostré sus habitaciones, tras lo cual volvimos abajo y nos servimos unas cervezas en mi bien surtido bar.

Advertí enseguida que mis compañeros se relajaban, que se sentían a gusto en mi refugio.

—Éste parece un lugar muy seguro, a prueba de sorpresas desagradables —comentó Bob Brandon.

—Lo es —afirmé—. En realidad, sólo puede llegarse aquí a través del empinado camino por el que nosotros hemos venido. Las restantes alas del edificio descansan sobre acantilados prácticamente inaccesibles. Mañana podréis comprobarlo por vosotros mismos.

Ordené a Jackson que preparara una cena fría para tres. Entretanto, fumamos un par de cigarrillos y bebimos otras cervezas muy frías.

En mi interior, no podía negar la impresión que me había producido mi vuelta al refugio de las Adirondack, pues aunque poseo una residencia en Nueva York y otra en San Francisco, mi cottage de las montañas había sido siempre mi hogar preferido.

Por una razón muy significativa: todo el refugio aparecía impregnado de la presencia física y espiritual de mi querida esposa, Vanessa.

En realidad, había estado a punto de comunicarme con ella por teléfono. —Vanessa estaba en Nueva York— en cuanto llegamos al refugio.

Ansiaba estrujarla entre mis brazos, impregnarme del aroma de sus rubios cabellos y besarla hasta perder el aliento.

Sin embargo, contuve mi impulso.

Ahora debía ocuparme de solucionar mi particularísimo problema. Que consistía en desenmascarar a la persona que había intentado deshacerse de mí mediante un inteligente complot criminal.

Vanessa podría esperar. Al fin y al cabo, la tendría para mí en cuanto el asunto estuviera solucionado.

Durante el vuelo desde Camden a Lake Placid, yo había meditado seriamente en todo ello y ahora disponía de un plan en el que —aparentemente— todos los cabos estaban atados.

Observé que Starkey me observaba con fijeza, como si tratase de penetrar en mis pensamientos.

—¿De qué se trata, Dan? —pregunté.

—Bueno... Pensaba que si tenemos que echarle una mano, deberías ponernos al tanto del asunto —respondió, un tanto azorado.

—Nada más justo. Tenéis derecho a conocer mis problemas. No pienso ocultaros nada: seré absolutamente sincero con vosotros. En

realidad, mis dificultades comenzaron cuando, hace tres meses, falleció mi padre...

* * *

Al fin, Thomas Covington yacía para siempre en su cripta.

El hombre que había comenzado como simple policía callejero para terminar dirigiendo la más poderosa y floreciente organización privada de investigación criminal, había muerto.

Tañía setenta y seis años cuando le sorprendió la muerte. Todos sus amigos opinaban que «era de esperar», puesto que mi padre se había esforzado intensamente en su trabajo durante toda la vida y la tensión y el stress habían acabado por producirle una afección cardíaca que terminó con él.

Para mí —su único hijo—, su muerte supuso un tremendo golpe emocional. Mi padre me había educado, me había criado materialmente, había dirigido personalmente mi formación y, lo que es más importante, me había demostrado siempre su entregado afecto.

Cierto que hasta el día de su muerte yo no había desempeñado un papel muy trascendente en la Covington International.

Cuando terminé mi carrera de Derecho, papá me obligó a estudiar Psicología Criminal y Técnica policial; idiomas, lucha y comunicaciones electrónicas. Tras lo cual fui agregado a la agencia, aunque empezando por los niveles más inferiores.

Trabajaba, ganaba un sueldo como todos los empleados de la Covington y... nada más.

Más adelante, mi padre me había nombrado asesor legal de la empresa. Pero la vicepresidencia y la dirección técnica eran desempeñadas por otras personas de la agencia.

Mi puesto no era demasiado importante, pero yo no poseía excesiva ambición y lo único que ansiaba era volver al trabajo dinámico y arriesgado de la investigación.

Aunque poseía una sólida formación, mi juventud me impulsaba a huir del trabajo meramente burocrático para buscar fruiciones menos tediosas.

Fue por entonces cuando conocí a Vanessa Brown.

La encontré una mañana en la playa Kay Bastardo, en Florida.

Nos enamoramos y nos casamos enseguida.

Vanessa era bella como una diosa, inteligente y culta.

Sin embargo, al contrario que yo, Vanessa odiaba que yo me dedicase a la investigación. Conociendo el poderío y el prestigio de la Covington International, ella hubiera preferido que yo ostentase un puesto más honorífico y menos arriesgado, lo que a fin de cuentas era razonable.

Por ella dejé la investigación activa y me limité a mi trabajo en el despacho de asesoría jurídica.

Pocos meses después, el gran Thomas Covington sufrió un infarto. Vanessa hizo venir a un importante cardiólogo, que se ocupó desde entonces de la salud de mi padre.

Dick Bradford gozaba en Nueva York de excelente fama profesional, según Vanessa. Si alguien conseguía la recuperación de mi padre, ese hombre sería precisamente el doctor Bradford.

Sin embargo, mi padre sucumbió al segundo infarto, que se produjo apenas dos meses después.

El testamento fue abierto ante el notario, un excelente amigo mío, Mike Huxley. Mi padre, que no había sido excesivamente generoso conmigo en lo económico mientras vivió, me legaba toda su fortuna.

—Unos doscientos millones de dólares, entre dinero efectivo, acciones, participaciones y bienes muebles e inmuebles —sintetizó Mike.

Quedé muy asombrado. Aunque tenía idea de que mi padre era un hombre rico, nunca hubiera supuesto que su fortuna fuese tan elevada.

Vanessa me ayudó mucho a recuperarme del dolor que me había producido la pérdida de mi padre.

Fue suya la idea de que ambos realizaremos un crucero cuyo destino sería Europa.

—Te ayudará a superar este trance, querido. —Me animó ella—. Por supuesto no será un viaje de placer, pero ver nuevos países y gentes distintas, te distraerá.

Accedí.

Naturalmente, yo tenía que arreglar ciertas cosas antes de partir para Europa. Entre ellas, los asuntos internos de la Covington.

Poseyendo yo una gran mayoría de acciones de la agencia, podía

haber elegido para mí el cargo que prefiriera.

No hice tal cosa, sin embargo. Convoqué una junta general de accionistas y puse sobre la mesa el problema principal: el de elegir un nuevo director-presidente de la empresa.

El elegido fui yo, aunque no hubiese presentado mi candidatura. Acepté el nombramiento, pero delegué en el vicepresidente durante el tiempo que durase mi viaje por Europa.

Por desgracia, pocas fechas antes de partir sufrí un fallo cardíaco. Vanessa hizo venir rápidamente al doctor Bradford.

—Nada importante —dictaminó el elegante y apuesto Dick—. Pero necesita cuidarse mucho si quiere recuperarse.

Bradford aconsejó el viaje, basándose en las mismas razones que mi esposa había invocado: descanso, esparcimiento, tranquilidad.

—¿Podría usted acompañarnos a Europa, doctor? —propuso Vanessa—. Yo me sentiría más tranquila si pudiera venir con nosotros.

Traté de disuadirla: prefería que el nuestro fuera un crucero íntimo, sin la intrusión de otras¹ personas, aunque se tratase de mi médico particular, pero mi esposa insistió.

Bradford canceló su trabajo en diversas clínicas e incluso su consulta privada, y aceptó acompañarnos.

Durante el crucero en un modernísimo trasatlántico, volví a sufrir varios accesos: vómitos, mareos, desvanecimientos.

Supongo que solamente mi fuerte naturaleza física me ayudó a superar tales trances.

Vanessa se desvivía por mí, siempre atenta y solícita, y ello me reconfortaba poderosamente.

Por fortuna, Dick Bradford —a quien yo había llegado a estimar mucho—, era un hombre prevenido y había llevado a bordo una gran maleta que contenía toda suerte de específicos cardiotónicos.

Cuando yo sufría un desvanecimiento, Dick se presentaba enseguida en nuestra *suite*-camarote, me administraba una inyección y me hacía volver a la vida.

Por ello, mi agradecimiento hacia él iba en aumento día por día. Llegó un momento en que me asía a Bradford como si fuera nuestra única tabla de salvación.

De todas formas, yo temía por mi vida y me empeñé en regresar rápidamente a Nueva York. Para evitar que Vanessa se empeñase en

lo contrario, encargué los billetes de avión en cuatro desembarcos en Le Harvre.

Mi decisión les pilló de improviso. Vanessa no pudo ocultar su disgusto, puesto que había puesto gran ilusión en aquel viaje.

Sin embargo, yo no cedí en mi deseo. Y aquella misma mañana regresamos a Estados Unidos.

Cuando descendimos del *jet* en el aeropuerto Kennedy, yo me sentía fatigado y débil como un niño.

Uno de mis coches nos trasladó a mi residencia de Newark inmediatamente. Pedí un vaso de leche a la doncella y me acosté.

De madrugada, sentí que mis músculos se contraían, mis nervios se tensaban y mi cerebro se disgregaba en partículas infinitesimales.

Debí debatirme en un ataque atroz.

Cuando volví en mí me encontraba en una clínica psiquiátrica.

Dick y Vanessa vinieron a verme aquel mismo día.

Me indigné.

—Fui yo —confesó Dick—. Creo que cumplí con mi deber.

—¿Por qué, por qué? —gritó.

Dick hizo una señal a Vanessa y mi esposa se desprendió de la estola de visón que cubría su cuello y se acercó.

Vi unas grandes manchas moradas en su garganta y palidecí.

—Anoche sufriste un terrible ataque de nervios. Debiste perder la razón, porque intentaste estrangular a tu propia esposa —pronunció Dick con voz fría, impersonal.

CAPÍTULO XII

No volví a ver a Vanessa hasta dos semanas después.

—¿Por qué... por qué no viniste a verme? —le pregunté angustiado.

—Hubiera permanecido junto a ti día y noche, amor mío —gimió ella, con los ojos húmedos de lágrimas—. Pero los médicos que te atienden aseguraron que mi presencia aquí sería contraproducente... ¡No puedes imaginar cuánto he sufrido por esta causa!

La abracé, la besé, acaricié su cuello, del que ya habían desaparecido las marcas de mis manos.

En verdad, me sentía aterrado de mis propias reacciones. ¿Era posible que yo hubiera tratado de asesinar a la mujer de la que estaba enamorado?

Lloré como un niño, abrazado a mi esposa.

Así permanecimos durante media hora. Pero luego llegó un médico e invitó a Vanessa a salir.

Me pusieron una nueva inyección. ¿Cuántas veces me habían inyectado desde que ingresara en aquel lugar?

Yo no podía llevar la cuenta, por la sencilla razón que la inyecciones me sumían en un sueño angustioso poblado de pesadillas y horribles visiones.

Los días, las semanas, los meses transcurrían en una sucesión alucinante de visiones esperpénticas, ataques salvajes de nervios, momentos de lucidez —muy escasos— y sesiones de electro-shok.

No tenía noción del tiempo transcurrido, aunque a mí se me antojara que llevaba años enteros en aquel horrendo encierro.

En mis ratos de lucidez, exigía machaconamente la presencia de mi esposa.

—No es aconsejable, señor Covington —me respondían invariablemente médicos y enfermeros—. Parece que la presencia de La señora Covington provoca en usted una extraña reacción. Tras su última visita, sufrió usted un ataque tan violento que temimos lo peor. Incluso hubimos de ponerle una camisa de fuerza y aplicarle el electro-*shock*. Tenga paciencia. Pronto, si pone voluntad, estará bien.

Pero yo no experimentaba la más ligera mejoría. Por el contrario, empeoraba sensiblemente.

Mi peso normal de ochenta kilos se había ido reduciendo hasta poco más de los sesenta.

Por fortuna, jamás me permitían mirarme a un espejo: estoy seguro de que hubiera estallado en alaridos de poder contemplar mis demacradas y pálidas facciones.

Cuando podía pensar, decidía inmediatamente intentar la fuga. Pero enseguida penetraba un enfermero y me ponía una de aquellas inyecciones que me sumían en diabólicas pesadillas.

Una noche oí como entre sueños un estridente estrépito. Miles de fragmentos de cristales cayeron sobre el piso de mi habitación y martirizaron mis sensibilizados oídos.

Abrí los párpados pesadamente y giré el cuello para mirar hacia la ventana.

Pude percibir que una silueta traspasaba el antepecho de la ventana y se introducía en mi habitación, apenas iluminada vagamente con una lámpara de escasa potencia, fuera de mi alcance.

Quise incorporarme, pero mis músculos no me obedecieron.

Alguien a quien no podía ver con claridad, se inclinó sobre mí y dijo:

—Tranquilízate. Venimos a ayudarte.

Una pizca de esperanza germinó en mi corazón. ¿Era posible que alguien viniese en mi ayuda?

Noté que me tomaban en brazos y me trasladaban hasta la ventana, cuyos cristales de seguridad acababan de saltar en pedazos.

Mis sensaciones eran muy vagas, pero recuerdo que mi olfato pudo percibir claramente el aroma de un fuerte masaje facial.

Supongo que me descendieron a través de una escalera o una

escala de cuerda, a juzgar por los intermitentes golpes que sentía sobre mi vientre.

El aire fresco de la noche me despejó parcialmente cuando me depositaron sobre el césped.

Alguien se inclinó sobre mí y su ardiente aliento abrasó mis facciones.

¿Una mujer? ¿Vanessa, quizá... o un hombre?

Mis facultades perceptivas funcionaban al cincuenta por ciento, por lo cual nada pude averiguar con fundamento, sobre todo si tenemos en cuenta que mi cerebro, a oleadas, solía quedar en blanco.

Advertí, eso sí, que me volvían a tomar nuevamente en brazos y que me trasladaban rápidamente... ¿adónde?

Mi sentido predominante era el olfato. Muy cerca percibí un fuerte olor a gasolina parcialmente quemada.

¿Un automóvil, quizá?

Alguien me depositó sobre un blando asiento. Respiré hondamente y traté de concentrar mis facultades mentales.

Era inútil.

De cuando en cuando, horribles vahídos me sumían en la inconsciencia y anulaban mis sentidos.

Volví en mí, finalmente.

Mis oídos, hipersensibilizados, sufrían terriblemente con el zumbido del motor del automóvil que me transportaba.

Intenté moverme, pero una mano cayó sobre mi pecho y me inmovilizó.

—Calma, calma —retumbó una voz átona en mis tímpanos—. Ya está muy próximo el final. Dentro de poco, todos tus sufrimientos habrán terminado.

En principio, aquella voz obró un efecto sedante sobre mí.

Pero luego mi instinto de conservación subconsciente se impuso.

¡Aquellas frases...!

«Ya está muy próximo el final...».

«Dentro de poco, todos tus sufrimientos habrán terminado...».

Comencé a adivinar un presagio fúnebre en aquella voz. El final estaba muy próximo para mí, porque dentro de muy poco, *todos mis sufrimientos habrían terminado*.

El final absoluto *es la muerte*, que realmente *acaba con todos los*

sufrimientos físicos.

Me revolví, frenético.

Pero aquella mano seguía pesando sobre mi pecho. Y luego sentí un pinchazo en mi nalga y... todo se desvaneció.

Supongo que sólo debo a mi tenaz instinto de conservación el haber recuperado el conocimiento cuando sentí, muy próximo, el potente zumbido de una hélice de avión.

En la oscuridad, alguien me sacó del coche, me tomó por debajo de las axilas y me arrastró.

Percibí dos cosas inmediatamente: el viento, soplando furioso contra mi rostro, y el intenso olor a bencina, el combustible que emplean los aviones.

Me estaban arrastrando hacia una avioneta.

Los vaivenes que sentí sobre mi estómago correspondían a los movimientos de la persona que me llevaba al hombro subiendo los peldaños de una escalerilla de las utilizadas en los aeródromos.

Me retorcí sobre mí mismo, antes de que alguien me introdujese en la aeronave.

Pero unas manos me sujetaron con fuerza.

—Calma, calma... Ya estamos.

Las manos me soltaron bruscamente y me golpeé en la cabeza.

Lejos de aumentar mi caos físico y mental, el golpe sirvió para despejarme un tanto.

Conseguí abrir los ojos y vi la luz de la luna, a través de los cristales de la carlinga.

A contraluz, distinguí una silueta confusa que manipulaba en los aparatos de control de a bordo.

—¿Quién... quién es? —Logré articular con gran torpeza.

—Calma, calma... El vuelo va a comenzar enseguida, amigo mío. Sólo tienes que situarte en el puesto del piloto. Porque tú eres un excelente piloto, ¿verdad? Pues bien, dentro de poco podrás iniciar tu vuelo hacia... el infinito.

Bruscamente, aquella persona me tomó por los hombros y me dejó sobre un asiento.

Yo intentaba alzar la cabeza para mirar adelante, pero los músculos de mi cuello apenas tenían fuerza para mantenerla rígida.

La persona que estaba conmigo en la carlinga dio al arranque eléctrico y el motor de la avioneta rugió, potente.

Noté sus manos sobre mis hombros, aplastándome sobre el asiento. Y luego aquella voz vibrante:

—¡Adelante! Toma los mandos y... ¡vuela! ¿No lo ves? Es luna llena y todo brilla en el firmamento. Podrás ver a simple vista los prados, los bosques, los ríos y las montañas... ¡El espectáculo más bello del mundo, contemplado por ti desde las alturas! ¡Adelante, vuela!

La sombra se diluyó a mi espalda.

Y yo, obsesionado por aquellas palabras que aún parecían flotar en el aire, tomé la palanca y la impulsé hacia adelante.

Mi espalda se fijó por la inercia al respaldo de mi asiento cuando la potente avioneta salió disparada sobre la pista.

—¡Adelante, vuela!

Giré la cabeza con gran torpeza y comprobé que estaba solo a bordo.

—*¡El espectáculo más bello del mundo, contemplado sólo por ti desde las alturas!* —seguía resonando la voz en mi cerebro.

Agarré el timón, tiré de él hacia mí y... la pista desapareció bajo el avión.

Un vahído me obligó a recostar la cabeza sobre el timón.

Cuando volví en mí, la avioneta caía en barrena hacia tierra, sin fuerza el motor para mantener a la nave en el aire.

Empujé la palanca a fondo, torcí el timón...

La avioneta se estabilizó a diez metros sobre una brillante vía férrea.

Luego el aparato fue ganando altura. Mi obsesión, en aquel momento, era apartarme del suelo, de la tierra, del peligro.

—¡El piloto automático! —Tintineó su aviso mi instinto de conservación. Y obedecí, aunque con torpeza.

El avión volaba en línea recta hacia el sureste. Según el altímetro, volaba a una altura de casi dos mil metros.

Traté de evitar mi desvarío mental, de concentrar toda mi voluntad para salvarme.

Porque ahora comprendía en toda su extensión el objetivo criminal de la persona que me había puesto sobre el avión en mi precario estado de salud: sólo se trataba de asesinarme.

Pero mis recursos mentales eran ínfimos y apenas respondían de forma meramente mecánica, sin control inteligente.

Creo que debí adormecerme sobre el timón, lo cual influyó para que la avioneta fuera tomando progresivamente altura hasta alcanzar su techo: cuatro mil metros.

Luego, súbitamente, desperté.

El motor rateaba, fallaba ostensiblemente.

Empujé el timón hacia adelante, volcándome materialmente sobre él para hacer más fuerza.

El avión descendió a tres mil, a dos mil, a mil metros... Tuve una visión borrosa en la que aparecía una cinta sinuosa y plateada: un río, sin duda.

Descendí sobre un mar verde ceniciento que debía corresponder a una dilatada plantación de maíz.

Corté el gas, manipulé en el timón y la avioneta se abatió en vuelo rasante sobre la masa verde del maizal.

Noté un brusco vaivén. Y luego, nada.

CAPÍTULO XIII

Bob Brandon se removió, inquieto, en su asiento.

—¿Quién es el culpable? ¿Sabes el nombre de la persona que te llevó hasta el avión? —preguntó, con tanto interés que me sentí emocionado.

Asentí.

—Lo sé. Pero no voy a decíroslo. ¿Os extrañáis? Vosotros mismos LO comprobaréis... mañana —declaré.

Nuestra cena había terminado.

A pesar de que habían permanecido absortos en mi relato, Brandon y Starkey cabeceaban ya, absolutamente rendidos.

Un momento después nos íbamos a la cama.

Mis compañeros subieron a sus habitaciones del piso superior y yo fui a descansar en la alcoba de matrimonio que Vanessa y yo solíamos utilizar, en la planta baja, mientras Jackson se ocupaba de apagar las luces y retirar el servicio.

La fatiga y las emociones vividas en los últimos días me rindieron en pocos minutos y un sueño pesado, profundo, se apoderó de mí.

No podría imaginar cuanto tiempo transcurrió antes de que mi sueño se viera bruscamente interrumpido.

Me incorporé sobre el lecho, bañado en sudor. Me parecía haber escuchado una explosión.

Estaba pensando en ello, cuando la vivienda entera pareció conmoverse y la puerta de mi alcoba saltó destrozada en fragmentos.

Una oleada de fuego penetró por allí y prendió rápidamente en un precioso taquillón holandés que me había costado dos mil dólares.

No perdí el tiempo en vestirme.

«¡Es la guerra! —pensé—. Están bombardeándonos».

Y no me equivocaba. Era la guerra, en verdad, pero una guerra limitada, muy particular.

Cogí en mis manos el pesado cañón español de bronce que Vanessa había comprado en nuestro viaje de novios, a México y aporreé el tabique con todas mis fuerzas en la parte más alejada de la puerta, bloqueada por las llamas.

Abrí un boquete de regulares dimensiones, por el que me deslicé sin perder tiempo.

Me encontré en el bar. Y mi primer pensamiento fue para Brandon, Starkey y Jackson, mi fiel mayordomo.

Corrí hacia el dormitorio de Jackson, que era más anciano, pero encontré su dormitorio vacío y desordenado.

La bodega, el salón, el bar... todo ardía ya a llama viva, envuelto en una humareda sofocante.

Locamente intenté ascender la escalera de madera que llevaba a la buhardilla, tratando de liberar a Brandon y Starkey.

Pero la escalera ardía a llama viva y mi rostro apenas podía soportar la ardiente temperatura de aquel horno.

Cuando quise dirigirme a la puerta que daba sobre la escalinata de acceso, una bocanada de fuego chamuscó mis cabellos.

Retrocedí.

Por un momento, mi cerebro se paró. Permanecí unos segundos inmóvil, incapaz de reaccionar.

Luego salté bruscamente hacia adelante con los brazos protegiendo mi rostro, destrocé el marco y los cristales del ventanal del vestíbulo, atravesé el vacío y... me zambullí en la piscina del mirador.

Cuando emergí a la superficie y me disponía a salir, alguien me empujó en el pecho con el cañón de un rifle para caza mayor.

Alcé los ojos y vi a aquella persona cubierta con un traje de amianto como los de los bomberos.

De repente, el desconocido se quitó la capucha dotada de una mirilla de cristal y reconocí sus facciones.

Era el doctor Richard Bradford.

—Buenas noches, George —pronunció cuidadosamente.

—¿Por qué has ordenado destrozar mi refugio? —exclamé—. Si

lo que pretendías era arrebatarme a Vanessa, no era imprescindible todo este castillo de fuegos artificiales. Demasiado aparatoso, ¿no?

Un helicóptero pasó zumbando en la oscuridad y se perdió en la noche.

—Bombas de napalm desde un helicóptero, supongo —comenté, dirigiendo una mirada a mi refugio, de cuyas puertas y ventanas surgían bocanadas de fuego.

—Fui médico en Vietnam, George. Y aprendí por propia iniciativa las técnicas de guerra —confesó Dick Bradford, sin dejar de encañonarme con uno de mis rifles—. Confieso que me sentí muy nervioso cuando Mike Huxley me dijo que tú estabas vivo. Pero recapacité, me lo tomé con calma y decidí rematar mi plan inicial...

—Supongo que te refieres a tu intento de matarme a bordo de una avioneta, tras tu fracaso en el crucero a Europa —insinué.

Yo tenía las manos apoyadas sobre el borde de la piscina y miré, desesperadamente, a todas partes.

Pero era inútil. No había salvación. Antes de que hubiera alcanzado los flotadores que se balanceaban sobre las aguas a ocho o diez metros de distancia, las balas del rifle que empuñaba Bradford perforarían mi cuerpo.

—En efecto, George. Desde luego, yo amo a Vanessa. Es más, hace muchos años que la amo, pero...

Oí un leve chapoteo a mi espalda. Curiosamente, los cuatro flotadores que solía usar Vanessa cuando estábamos en el refugio habían avanzado seis o siete metros y estaban muy próximos a mí.

—Permíteme que suba —dije a Dick.

—No. Quédate ahí —gritó—. Y me golpeó brutalmente con el cañón del rifle en el pecho.

De repente, uno de los flotadores se alzó sobre la superficie de las aguas.

Dick, desprevenido, perdió el equilibrio y dejó caer el rifle.

Como por arte de magia, unas manos surgieron del agua y se apoderaron del arma.

Simultáneamente, alguien agarró a Dick Bradford por los tobillos y le arrastró hasta zambullirle en la piscina.

Se oyó un misterioso y sonoro

«glu-glú»

y unas burbujas de aire afloraron a la superficie antes de que... Bob Brandon y Dan Starkey aparecieran a la vista, llevando bien agarrado al desvanecido Dick Bradford.

—¡Vosotros...! —exclamé, entre sorprendido y admirado—. ¿Sabéis..., sabéis que he recibido un susto de muerte?

Starkey dejó escapar una carcajada.

—Era peor el susto que pensaba darte este tipo —comentó, elevando el cuerpo de Dick sobre el borde de la piscina.

Bob me tomó por una pierna y me ayudó a subir.

—No puedo creer que estéis vivos —murmuré, jadeante—. ¿Cómo lo conseguisteis?

Starkey arrastró a Dick como a un objeto despreciable.

—¿Cómo? —bromeó—. No podíamos dormir tranquilos, después de lo que nos contaste. Bob y yo decidimos permanecer despiertos, con todos los sentidos alerta, para vigilar tu sueño. Escuchamos el primer estallido y vimos brotar las llamas...

—Por desgracia, cuando intentamos bajar por la escalera, aquélla estaba ardiendo a llamaradas: el napalm había penetrado a través del ventanal —explicó Bob.

—Tuvimos que arrojarlos a la piscina, puesto que la buhardilla, con sus vigas de madera, comenzó a arder enseguida...

—¿Y Jackson? —pregunté, estremecido.

—Le llevamos a la caseta de las herramientas. Allí debe estar todavía, temblando de miedo, y con las ropas empapadas en agua —respondió Starkey.

La casa seguía ardiendo a llamaradas.

—¡Lástima! —murmuró Bob—. ¡Era una bella «choza»!

—Los muebles se consumirán —dije—. Pero hubiera sido lamentable que nosotros nos hubiéramos calcinado con ellos. Por otra parte, la obra es sólida, de fábrica, y resistirá. Volveremos a amueblarla, después de que los albañiles se hayan ocupado de su parte.

—¿Volveremos? —exclamó Bob, estupefacto.

—Naturalmente —afirmé—. ¿O no vais a ayudarme? A propósito... ¿por dónde llegó Bradford? Hay un aparato de alarma, en el camino, que nunca falla.

—¿Éste? —preguntó Starkey—. El helicóptero lo dejó sobre el mirador.

En aquel momento, Dick se rebulló entre los brazos de Starkey. Brandon remojó su cara y al fin el doctor Bradford abrió los ojos.

—Espero que sepas explicármelo todo... —sugerí.

El médico apretó los labios y trató de zafarse de los brazos de Dan.

—No tengo nada que decir. No tienes pruebas contra mí. De nada te valdrá...

El enorme puño de Bob Brandon se abatió contra su boca. Dick enmudeció. Pero sólo temporalmente: unos minutos después charlaba por los codos... con la única condición de que Brandon no volviera a golpearle.

* * *

Era una alcoba regia.

La puerta era de caoba, maciza; el suelo estaba tapizado en terciopelo azul, igual que las paredes, y lujosos muebles completaban el motivo principal: el gran lecho que ocupaba el centro de la amplia estancia.

Me dejé caer al lado de Vanessa, acaricié sus cabellos y susurré:

—Despierta, amor mío.

Vanessa despertó tan bruscamente que su frente golpeó mi cabeza.

—Calma, calma, pequeña —susurré cálidamente—. Ya sé que te sorprende encontrarme aquí. Y de sorpresa en sorpresa, debo decirte que Dick Bradford está ya firmando una confesión ante la policía. Es curioso, dice que formabais una pareja de estafadores hace ya muchos años, que recorríais las playas más selectas buscando incautos... como yo.

Las finas facciones de mi esposa se fruncieron. Súbitamente alzo la mano izquierda armada con una preciosa pistola dorada.

—Odio que interrumpan mi sueño, George. Y creo que voy a matarte...

—Pero no sólo por este motivo, querida —insinué.

—No, desde luego. Matarte es algo indispensable para mi seguridad, George. No te amo, es cierto. Fue Dick quien te echó la vista encima, en Kay Bastardo. Era médico, sí, pero le habían

expulsado del colegio de médicos. Cuando supimos que eras el heredero de Thomas Covington, comprendimos que teníamos ante nosotros la mayor oportunidad de nuestras vidas. En realidad, Dick no hizo otra cosa que acelerar la muerte inminente de tu padre.

—Lo sé —asentí. Y sentí un cierto escozor en los párpados.

—El objetivo eras tú. Te plegaste desde el principio a la voluntad de tu poderoso padre. Yo hubiera aguantado si el viejo hubiera sido más generoso con nosotros, pero...

—Te ofrecí una existencia decente, cómoda, suficiente...

—Pamplinas, George. Estoy acostumbrada a gastar mucho dinero. Fui yo, en realidad, quien sugirió a Dick Bradford la idea de eliminarte... en cuanto supe que tú habías hecho testamento a mi favor —explicó Vanessa.

—Eres abominable —dije con profundo pesar.

—No seas estúpido. Yo nunca te quise, aunque acepté de buen grado tus caricias, tu dinero, y tu amor. Al fin y al cabo, eres un hombre joven, guapo, de buen ver, y yo jamás renuncio a algo sabroso que se me ofrece de buen grado.

—Estabas hablando de vuestro plan —sugerí.

—Sí. Dick no es un buen médico, pero conoce bien todas las drogas relacionadas con las enfermedades cardíacas. Para él era fácil situar tu corazón en estado crítico, y poco después hacerte volver a la normalidad mediante sus inyecciones. El objetivo, ya te lo figuras, era que yo heredase la fortuna de los Covington. Y no negarás que el plan era muy ingenioso...

—Lo admito. ¿Qué piensas hacer? —pregunté.

—No puedo escoger. Debo matarte George —se había puesto de pie y me vigilaba, sin dejar de encañonarme.

—Reflexiona, Vanessa. Confieso que en poco tiempo se ha esfumado el profundo amor que sentía por ti. Ahora, sólo queda el dolor y el vacío en mi corazón, pero no quiero destruirte. Dame esa pistola. Te dejaré ir. Tengo un amigo: el comisario McFynn. Llegará aquí de un momento a otro. ¡Huye!

—¡Mentira! —rugió ella, furiosa—. No vendrá nadie. Y no me pesa matarte, George. Al fin y al cabo, has echado a perder mi plan.

Alzó la pistola y oprimió el gatillo. Helada de espanto, comenzó a retroceder al escuchar el suave «clic» del gatillo sobre el vacío.

—Eres tan hermosa como estúpida, Vanessa. ¿No fui yo quien te

despertó? Antes, encontré tu pistolita bajo la almohada y extraje las balas —exclamé, triste.

La puerta del dormitorio se abrió y Mike Huxley apareció en pos del comisario McFynn.

—A propósito, Vanessa —dije, finalmente—. Te presento al comisario Harold McFynn. Buena suerte.

Di la vuelta y me reuní con Brandon y Starkey en el vestíbulo.

En cuanto observaron mis facciones debieron adivinar mis sentimientos y fueron suficientemente discretos como para callarse.

En silencio, salimos a la calle, nos acomodamos en el «Cadillac» que conducía Jackson y nos dirigimos a las montañas, donde los albañiles comenzarían a reconstruir el refugio inmediatamente.

CAPÍTULO XIV

Habían transcurrido exactamente diez días.

Los vestigios del fuego que había destruido mi refugio habían sido borrados por una brigada de albañiles y les carpinteros reponían ya la techumbre y la carpintería del porche.

Yo estaba consultando unos catálogos de muebles, cuando vi acercarse a Bob Brandon y Dan Starkey.

Algo en su actitud me dio a entender que tenían algo trascendental que discutir conmigo.

—Precioso, ¿no? —comenté, señalando el refugio.

Asintieron de mala gana.

—George... —dijo Dan.

—¿Sí? —exclamé, haciéndome el distraído.

Me miraron fijamente. Iban a ir al grano.

—George, tú has resuelto tus dificultades, aunque aún te quede mal sabor de boca. Pero nosotros no podemos seguir viviendo en esta situación. Cualquier día, un coche de la policía llegará hasta aquí y...

—En pocas palabras —añadió Bob—: tú prometiste que solucionarías nuestro caso...

—Ah, ¿es eso? —dije—. Muy bien, vamos a hacer un viaje a Atlantic City. En cierto modo, también yo estoy deseándolo.

—¿A Atlantic City? —exclamó Bob—. ¡Allí está el teniente Burnnett!

—Y muy cerca, también, los cuatrocientos mil dólares del Banco Shaft —confesé—. Esperad aquí. Voy a hacer una llamada telefónica. Entretanto, decid a Jackson que prepare mi coche.

Los dejé estupefactos, y me siguieron con la vista, hasta la caseta del jardinero donde había sido instalado temporalmente el teléfono.

Hablé brevemente con McFynn y quedamos de acuerdo.

Poco después, Starkey se ponía tras el volante y emprendíamos el camino hacia Nueva York y Atlantic City.

* * *

—Perfecta jugada —rió Starkey—. Burnnett y otro policía nos siguen.

El «Cadillac» rodaba a pequeña velocidad por la infernal carretera, en dirección a la granja de los Johnson.

Como cebo, Brandon, Starkey y yo habíamos paseado con unas grotescas pelucas en la cabeza, por las calles de Atlantic City. Nos habíamos exhibido por los bares y cervecerías, e incluso ante la comisaría antes de que Burnnett mordiese el anzuelo.

Hasta que enfilamos la vieja carretera, el teniente nos había seguido en un «Chrysler» azul a distancia prudencial. Pero ahora, a medida que nos acercábamos a la granja de los Johnson, el automóvil acortaba la distancia apenas a doscientos metros tras de nosotros.

Finalmente, dimos vista al cartelón de madera que decía «Johnson Farm». Y Starkey abandonó la carretera y rodó por un polvoriento camino.

Vimos un complejo de construcciones formado por galpones, corrales, gallineros y una vivienda un tanto retirada.

Mary estaba reparando un viejo moto-bomba cuando llegamos. Y pasada la inicial sorpresa, exclamó:

—¡George! ¿Qué significa esto? ¡Tenéis que huir! Hace poco más de una hora llegaron más de una decena de policías en un helicóptero...

—No temas —dije. Y acaricié su mejilla—. Son muy amigos nuestros. Y ahora, no perdamos el tiempo. Escúchame: el día anterior a aquél en que nos encontraste en la carretera, tú conducías la camioneta cargada de sacos de plástico...

—Sí. Eran sacos de pienso compuesto, para nuestros animales. La caja de la camioneta es basculante. Descargué los sacos en el granero. ¿Es importante?

—Mucho, pequeña —sonreí—. ¿Quieres guiarnos al granero?

Miré hacia atrás y vi que el coche de Burnnett se acercaba.

Corrimos hacia el granero y penetramos en él. Ya nos inclinábamos sobre los sacos de pienso, cuando Burnnett desde la puerta, gritó:

—¡Quietos! ¡Yo me ocuparé de eso!

El teniente y otro policía de uniforme penetraron en el galpón. Bajo la amenaza de un rifle nos obligaron a ponernos cara al muro. Burnnett clavó su revólver en mis riñones y gruñó:

—Recuperaste la memoria, ¿eh, Max? ¡Pues escupe antes de que te perfore la espina dorsal!

Le dije dónde estaba el saco con el dinero. Y regresó con él un momento después.

—Supongo que esto va a convertirse en una carnicería. Si piensa quedarse con el dinero, tendrá que matarnos a todos —insinué, volviéndome.

—Tienes dotes de adivino, chico —rió, grosero—. ¡Encárgate de ellos, Walter!

Desde lo alto del granero comenzó a disparar una metralleta. Burnnett y su policía cayeron al suelo, con las piernas tronchadas a balazos.

Una ambulancia se los llevó poco después. Yo tuve una charla con McFynn y todo quedó aclarado.

—Brandon y Starkey sabían que Burnnett era un policía venal —expliqué al comisario—. Los dos querían ingresar en la Covington International, como detectives, y no vieron otra forma de conseguirlo que desenmascarar a Burnnett, lo que me daría una idea de su capacidad para la investigación. Confieso que sus métodos no fueron muy ortodoxos, pero sí muy eficaces.

—Pero los atracadores del Banco Shaft fueron tres, según tengo entendido —dijo McFynn.

—DI tercero era... yo —confesé. Y ambos prorrumpimos en una carcajada de complicidad conmigo.

Cuando la policía abandonó la granja Johnson, Mary, Brandon y Starkey se reunieron conmigo. Y Mary comentó:

—No lo entiendo... ¿Cómo llegó ese dinero hasta aquí?

—Es fácil. Cuando Bob y Dan se arrojaron del vehículo, me indicaron que me deshiciera del saco, en caso de peligro —relaté—. Cuando descendía una de las pendientes, vi tu camioneta, que rodaba ante mí, cargada de sacos. Conseguí poner el «Mustang» a tu

zaga, saqué el saco por la ventanilla y... ¡zas!, lo arrojé sobre la caja de la camioneta. Poco después, mi coche derrapaba, se salía de la carretera y se incendiaba, después de chocar contra unas rocas. Tú seguiste adelante y el dinero desapareció contigo.

—Creo..., creo que tienes que explicarme muchas cosas, George —dijo ella con expresión maliciosa.

Nos separamos de mis compañeros y penetramos en el granero.

E inmediatamente, la abracé y la besé con fuerza. Mary se ciñó a mi cuello apasionadamente y murmuró:

—He estado esperándote desde que nos separamos, George. Y llegué a desesperar de que volviésemos a vernos. Comienzo a sospechar que me he enamorado de ti...

—Yo también te necesito más de lo que podría explicar con palabras —confesé.

Y volví a besarla.

FIN

Kelltom McIntire es un seudónimo de José León Domínguez. La abultada nómina de autores que colaboraron en las colecciones de ciencia ficción de la editorial Bruguera, unos treinta en total, tiene en Kelltom McIntire o, si se prefiere, José León Domínguez, uno de sus principales colaboradores, con un total de 61 novelas (55 en La Conquista del Espacio y 6 en Héroes del Espacio).

José León Domínguez es un alcalaíno oriundo de tierras extremeñas, donde nació, en la localidad pacense de Higuera la Real, el 31 de julio de 1937. Según me ha contado personalmente (es paisano mío, y una persona de lo más amable), ganó su primer premio literario (cien pesetas de las de entonces) cuando tan sólo contaba con cinco años de edad, lo que demuestra una vez más el conocido refrán que afirma que de casta le viene al galgo. Cursó el bachillerato, comenzó a estudiar magisterio y finalmente, como muchos de sus paisanos, recaló en Alcalá de Henares allá por 1969, con poco más de treinta años de edad. Aunque inicialmente trabajó en una fábrica, una de las muchas existentes en el viejo solar complutense, pronto empezó a publicar novelas en las diversas colecciones populares que florecían entonces en España, principalmente las de las editoriales Toray y Bruguera. Su primera novela aceptada por Toray se titulaba *ULTIMÁTUM A UN PISTOLERO*, era obviamente del oeste y le pagaron por ella 4000 pesetas, una cantidad nada despreciable en 1969 ya que podía equivaler, casi, a un salario mensual medio. Su debut en Bruguera tuvo lugar con *LA PISTA DE LOS 100 000*, también del oeste, y a partir de entonces ya no paró...

Notas

[1] Fingirse loco con el fin de evadir responsabilidades, entre los delincuentes. < <